LUIS CHAMIZO

LAS BRUJAS

POEMA DRAMATICO

DE AMBIENTE EXTREMEÑO
EN TRES CANTOS Y EN VERSO

MADRID
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

LAS BRUJAS

POEMA DRAMATICO DE
AMBIENTE EXTREMEÑO

Es propiedad

Talleres Gráficos MARSIEGA.—M. Pelayo, 26.—Madrid

Dedicatoria:

A mi madre, a mi mujer, a mis hijas María Luisa, María Victoria, Virtudes, Consuelo y Asunción, y a todos los míos este poema de amor y de dolor.

El Autor

PERSONAJES DEL POEMA:

Andrea Cortés	25	años
La tía Genoveva	58	»
La Veora	67	»
Mariquilla Valdivia	21	»
Frasco Cortés	26	»
Agustín Valdivia	23	»
Puño e Jierro, el Vaquero	45	»
Tío Bartolo	55	»
Damián, el porquero	60	»
Lucas, el mayoral	48	»
Silverio, el yegüerizo	34	»

Zagales y zagalas

La acción en una dehesa de Extremadura; época actual. Derecha e izquierda, las del actor

CANTO PRIMERO

LOS AMORES

CANTO PRIMERO

LOS AMORES

Interior de una cabaña de carboneros, enclavada en una dehesa de Extremadura. Puertas practicables al fondo y lateral izquierda. En el fondo, derecha, una ventana baja y amplia, por la cual pueda saltar fácilmente una persona.

Bajo la ventana, una tarima camera, especie de meridiana rústica, cubierta con un cobertor de trapos. En el ángulo que forman el fondo y el lateral izquierda, una cantarera con su tinaja y sus cántaros. Al fondo, entre la puerta y la tarima, una mesita de pino en blanco. En el lateral derecha, una chimenea de campana y sobre ella unas orzas vidriadas y cacharros de cobre. Tras la puerta y ventana del fondo, se verá un campo salpicado de encinas y, en una colina próxima, un gran caserío de labranza.

Herramientas propias de carboneros, sillas y banquillos diseminados por la escena.
Es media tarde de un día de febrero. La chimenea estará encendida, y en torno de la candela, ANDREA, MARIQUILLA y LA TÍA GENOVEVA.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón se oye claramente la letra de la siguiente canción que, fuera, canturrea un mozo.)

(La canción, al final, con la música. Número 1.)

ANDREA

¡Qué linda esa canción!

GENOVEVA

Muy repreciosa.

MARIQUILLA

Pues los mozos la cantan en la aldea
con más aquel...

ANDREA

¿Qué es eso, Mariquilla?

MARIQUILLA

¿El aquel? Esa cosa
que tiene de agridú la tonaílla.

Lo que ablanda el sentir y cosquillea
y viene a ser el quis de la toná.

GENOVEVA

¿Lo entendistes, Andrea?
(Gesto afirmativo de ANDREA.*)*
Pos pa mí que ya queas enterá.

MARIQUILLA
(Contrariada.)

Torpe que es una, ya lo sé. Quizás
ciertas cosas debiera de callarlas
porque pa las que somos atrasás
es más fácil sentirlas que explicarlas.
Oye y verás: un día
fuí yo con Agustín al caserío.
Ibamos rebrincando de alegría
porque era ya de atrás cosa sabía
que la abuela Tomasa
tendría aquella noche fiesta en casa.
¡Cuánto bailamos... Cómo nos reímos ..
Chacha, qué rejolguete...
qué caldero de puchas nos comimos...!
Fué sonao en la aldea el alboroto.
Recuerdo que Agustín jizo en un brete
una zambomba de un puchero roto.
Pero dieron las ánimas, rezamos,
se fueron yendo tós, nos acostamos
y, estando yo aún despierta,
barrunté cuchicheos en la puerta.
¿Quiénes serán y a qué vendrá esa gente?
—me pregunté—, y en esto, de repente,

un rabel bien templao
sollozó una canción dulce y pulía,
y unos mozos cantaron a porfía
ese mesmo cantar que has escuchao.
Yo sentí... qué se yo... ¿Qué sentiría
que me entró un jormiguín y una temblera
que acabé por llorar...
Como que era
—por decirlo ya tó—la vez primera
que por mí se cantaba ese cantar.
Y este es mi aquel...

GENOVEVA

(Iniciando el mutis por el foro, llevando un caldero que previamente desolgaría de las llares.)

Muchacha, ten sentío.

MARIQUILLA

¿Ves? Sin explicación lo has comprendío.

(A ANDREA. *Mutis* GENOVEVA.)

ESCENA SEGUNDA

ANDREA

¡Claro que sí!

MARIQUILLA

¿No cantaron
alguna noche en tu puerta

los mozos una canción
tan bonita como esa?
¿No te dieron serenata
nunca?

ANDREA

No, nunca.

MARIQUILLA

No mientas.
¡A una mocita tan guapa
como tú!

ANDREA

No te sorprenda.
Yo nunca tuve amistades
de arraigo, ni hogar ni hacienda.
Mi vida fué un caminar
sin rumbo, por estas tierras,
con mis padres. No es extraño
que los mozos no tuvieran
pa mí ni una tonaílla
ni unas flores tan siquiera.

MARIQUILLA

¿Pero tu padre os llevaba
con él de aldea en aldea?

ANDREA

¡Siempre! Como es arriero
y trabaja por su cuenta,

compra cosas donde abundan
y están baratas; las lleva
con sus burros al lugar
donde sabe que escasean;
y allí, mi madre y yo, entonces,
teníamos que venderlas,
mientras él, por los mercaos,
agenciaba cosas nuevas.
¡Y así siempre...! Hasta que un día,
mi madre, que estaba enferma
del pecho, murió en mis brazos
en un mesón de Castuera.
¡No sabes cuánto he sufrío!

(Llora y seca sus lágrimas con el delantal.)

MARIQUILLA

¡Vamos, no llores, Andrea!
Tus tíos te quieren mucho;
viniste casi a la fuerza
a vivir con ellos, y hoy
pa mí, que ya no te pesa
de estar aquí, tos te quieren.

ANDREA

¡Verdad! Mi tía Genoveva
me quiere como a una hija;
mi primo Frasco se esfuerza
por darme gusto, y mi tío
Bartolo no va a la aldea
una vez que no me traiga
lo mejorcito que encuentra.

¡Me quieren, y yo les quiero
de corazón!

MARIQUILLA

¿Y no queda
en ese corazoncito
un lugar de preferencia
pa nadie...? Dí, ¿y a mi hermano
Agustín, dónde le dejas?

ANDREA

¡Qué chiquilla!

MARIQUILLA

¡Vamos, anda...
Si está ya con tus querencias
tan trastornao, que no es
ni sombra de lo que era...!
El, que tuvo en otros tiempos
los noviajos a docenas...!

ANDREA

Calla, no me lo recuerdes.

MARIQUILLA

¿No te agrada?

ANDREA

Me molesta.
Le quedan muchos resabios
todavía...

MARIQUILLA

Si son éllas
que le buscan y le incitan
y le acosan, y no dejan
de mimarle. Como es guapo
y buen mozo, le cortejan.
Pero él no quiere a ninguna
na más que a ti...

ANDREA

¡Bueno fuera!

MARIQUILLA

Pa mí que le han embrujao
tus ojos negros, Andrea.
¡Ay, quién pudiera embrujar
al hombre que una quisiera...!

ANDREA

Y tú ¿a quién embrujarías,
muchacha...?

MARIQUILLA

¿No lo sospechas?

ANDREA

¿Quizás a mi primo Frasco?

MARIQUILLA

¡A quién sinó...! Si supieras
cuánto le quiero..., no tuve

en la vida más querencia
que la suya. Nos queríamos
sin decírnoslo siquiera.
Bajábamos a los valles,
subíamos a las sierras,
siempre juntos... Estos campos
¡qué de cosas me recuerdan...!
Un amanecer me dijo
en la fuente de la Cierva,
así como suspirando...,
Chorovina volandera,
qué chiquirrinina eres...
Qué ganas tengo que crezcas
y seas mujer pa decirte
la mar de cosinas buenas.
Pasa el tiempo... Ya soy moza...
Y él...ni palabra... ¡Qué pena!

ANDREA

¡Pero qué chiquilla eres!
No te apures; ten paciencia.

MARIQUILLA

Es que de un tiempo a esta parte
no sé qué tiene; me inquieta
verle tan serio, tan triste...
Quizás tu tía Genoveva
le quita la voluntad
de quererme.

ANDREA

No lo creas.

Mi primo Frasco es un hombre
de voluntad tan entera,
que donde quiera que está
es él quien manda y gobierna.
Tiene la buena costumbre
de pensar con su cabeza,
no con la de los demás;
porque la opinión ajena
le tiene tan sin cuidao
que ni se preocupa de ella.
Eso sí; rumía las cosas
con calma, no se impacienta;
con él no reza el refrán
de "el que espera desespera",
pero una vez de pensarlas
y decidirse, no hay fuerzas
en el mundo que le atajen;
tó lo arrolla y atropella.
De modo que, si él te quiere
de verdad, ten calma, espera;
que más tarde o más temprano
será tuyo...

MARIQUILLA

¡Ay, Andrea!
¿Lo crees así?... ¡Qué alegría
más grande... Estoy más contenta. .!
Dame un beso... ¡Será mío!
¡Mío!

(Se besan.)

ANDREA

(Acariciándola.)

¡Qué chiquilla ésta!

(De fuera llegan risas destempladas.)

¿Oyes? ¿Quién es la que ríe
con risa tan descompuesta?

MARIQUILLA

(Va y mira por la puerta del foro.)

Voy a ver. ¡Ay, qué graciosa!

(Después de mirar.)

ANDREA

(Yendo hacia la puerta.)

¿Pero quién es?

MARIQUILLA

La Teresa,
la del porquero...

ANDREA

Y tu hermano
Agustín...

MARIQUILLA

Pero si es ella
que le persigue. ¿No ves?

ANDREA

Sí veo. Más de la cuenta.

MARIQUILLA

¡Y le da un ramo de albahaca!

ANDREA

¡Y se lo pone en la oreja!
¡Y él lo consiente... y se rie...!
¡Tendrá valor...!

MARIQUILLA

¡Será fresca!
Ya viene p'acá mi hermano.
Bueno; yo me voy, Andrea.
Y a ver si vas a reñirle,
que él no tié culpa...

ANDREA

(Con ironía.)

Ni élla.

ESCENA TERCERA

(AGUSTÍN *por el foro. Queda unos segundos recostado en el marco de la puerta, observando a* ANDREA. *Sonríe y dice, avanzando.)*

AGUSTÍN

¿Otra vez encelá?..., qué manía...!
¡Pero Andrea...!

ANDREA

¡No tiés corazón!

AGUSTÍN

No lo tengo, ya sé; lo tenía
y a un querer se lo dí; tiés razón.

ANDREA

Si el querer en cuestión es el mío,
pues llegarte por él enseguía.

AGUSTÍN

¡Qué infeliz!... Pero ¿cómo has podío
suponer que esa loca perdía
te pudiera robar mi querer?
¡Vieja y fea!... ¿Qué piensas de mí?
Cuando yo me he prendao de ti,
no tendré tan mal gusto, mujer.
Ven acá...

(Zalamero.)

ANDREA

¡Déjame; no me quieres!
Si lo sé, si lo vengo notando;
si cortejas a toas las mujeres
que a tu paso te vas encontrando.
Si no sé por qué extraño sendero
he llegao hasta ti; si tu labia,
cuanto más me repite "te quiero",
más paece, Agustín, que me agravia.
Si tu amor es igual que la espuma
que deshace una racha de viento;

si has nacío pa darme tormento,
deja ya que el dolor me consuma.

AGUSTÍN

¿Ves, Andrea? Me quieres...

ANDREA

Yo, sí,
yo te quiero, es verdad; pero ¿y tú?,
¿me quieres tú a mí?

AGUSTÍN

Más que el buen labraor a su tierra
cuando viene en sazón el tempero.
Más aún que el pastor al cordero,
y que el lobo al jaral de la sierra.
Mucho más que el sediento a la fuente,
y la noche sin luna al lucero;
más que abril al capullo primero,
más que el sol de la tarde al Poniente...
Mucho más todavía te quiero.

ANDREA

¡Si en verdad fuera así tu cariño...!

(Amorosa.)

¿No me engañas?...

AGUSTÍN

Delante un altar
juraría el querer.

ANDREA

No seas niño.
Yo te quiero creer sin jurar.
¡Agustín!

AGUSTÍN

¡Muchachina quería...!

ANDREA

¿Me querrás siempre, siempre...?

AGUSTÍN

Yo, sí;
ca vez más. Si querer no sabía
y una vez que te vi, lo aprendí.

ANDREA

¡Qué alegría; te quiero y me quieres!

AGUSTÍN

¡Qué bonita y qué buena que eres!

ANDREA

¡Lo dichosos que vamos a ser
siempre juntos...!

AGUSTÍN

¡Mi Andrea...! Te quiero
como nadie te supo querer.

Dentro un año, si Dios lo consiente,
y tu padre, serás mi mujer.

(Transición.)

Oye, escucha: Esta noche, en la fuente
del Lobero, frente a las majás,
cuanti asome la luna, te espero;
es mi gusto que vayas. ¿Irás?

ANDREA

¡No, Agustín, eso no; ni pensarlo!
¡Ir de noche yo sola..., y allí...!

AGUSTÍN

¿Y eso es tó lo que jaces por mí?
Siendo así tu querer, pues guardarlo;
yo esperaba otra cosa de ti.

ANDREA

¡No, Agustín, eso no!...

AGUSTÍN

¡Qué inocente!
Si a esas horas no hay nadie en la fuente;
las majás están solas del tó.

ANDREA

Si por eso no voy, francamente;
¿qué me importa el decir de la gente?
Lo que a mí más me importa soy yo.

AGUSTÍN

Con que ahora salimos con eso;
¿con que tú y sólo tú...? ¡Pos alante!

ANDREA

Yo también soy de carne y de güeso,
y con eso te digo bastante.

(Pausa breve.)

Mi querer, Agustín, es jonrao,
que en mi casta la jonra es sagrá;
nadie puede decir que ha mirao
a un Cortés con la frente agachá.
Yo no voy a lá fuente, ¿te enteras?,
porque, aun siendo jonrá, soy mujer,
y queriéndote yo tan de veras,
tengo miedo, Agustín, que me vieras
agachando la frente al volver.
Y eso nunca. ¡Jamás! Yo daría
como prueba de amor, mi alegría,
mi salud; y si eso no basta
y era fuerza morir, moriría;
mas la jonra, esa no, que no es mía,
es de tós los que son de mi casta.
Es tesoro que guarda el secreto
de un oscuro vivir sosegao
que en mi casta es como un amuleto
que nos viene a librar del pecao.
Es reliquia de santas mujeres
que supieron querer y esperar,
y sufrir y callar;
y tuvieron la santa ambición

de encastar con un buen corazón
pa que fuera su choza un hogar.

(Transición.)

Fué mi madre una de éllas. Moría
como muere una niña inocente.
Bien recuerdo que ya en la agonía
me palpaba, besaba mi frente
y decía con voz apagá:
¡Hija mía, sé siempre jonrá...,
que es la jonra un tesoro, hija mía!

(Pausa breve mientras seca sus lágrimas.)

AGUSTÍN

Vamos, calla; domina el sofoco;
te sulfuras por menos de ná.
Si de ti yo quería mu poco
en la fuente; no seas mal pensá.

ANDREA

¿Qué querías de mí?...

AGUSTÍN

Mu poquino:
darte un beso mu chiquirrinino,
y ná más.

ANDREA

Pues si no es más que eso...

AGUSTÍN

Sólo eso: un abrazo y un beso.

(Intentando abrazarla.)

ANDREA

Ya eso es mucho, Agustín... Viene gente.

(Mirando por la puerta del foro.)

AGUSTÍN

(Contrariado después de cerciorarse.)

¡Mira tú si es desgracia también!...
¿No vendrás esta noche a la fuente?

ANDREA

Ni esta noche, ni nunca...

AGUSTÍN

(Malhumorado.)

Está bien.

ESCENA CUARTA

(Entran por el foro BARTOLO, GENOVEVA *y* PUÑO E JIERRO.)

BARTOLO

Oye, Agustín...

AGUSTÍN

¿Qué sucede?

GENOVEVA

(Aparte a BARTOLO.)

Que no lo sabrá toavía,
vaite con tiento...

PUÑO E JIERRO

(Aparte a GENOVEVA.)

¿Qué dices?

GENOVEVA

(Aparte a PUÑO E JIERRO.)

Que andéis con tiento...

PUÑO E JIERRO

(Aparte a GENOVEVA.)

Descuida.

BARTOLO

(Aparte a AGUSTÍN.)

¡Bueno, hombre, bueno!...

AGUSTÍN

¿Qué pasa?

BARTOLO

Ná; las cosas de la vida.

PUÑO E JIERRO

Lo que está de suceder,
que tié mucha juerza.

ANDREA

(Alarmada, a GENOVEVA.*)*

¡Tía,
por Dios! ¿Qué ocurre?...

GENOVEVA

(Aparte a ANDREA.*)*

Ná bueno.

AGUSTÍN

¿Traen una mala noticia
y no se atreven a dármela?
Eso es dudar de mi hombría.
Hable usted ya, tío Bartolo;
tú, Puño e Jierro, principia:
a ver; qué desgracia es esa.

PUÑO E JIERRO

(A GENOVEVA.*)*

¿Lo ves? Lo que yo decía.
Es un hombre, y a los hombres
no hay que andarles con pamplinas.

(A AGUSTÍN.*)*

Pues sí, la cosa es mu grave.

BARTOLO

(A idem.)

Te reclama la melicia
pa que vayas a la guerra.

GENOVEVA

Y has de marchar en seguía.

ANDREA

¡Ay, por Dios; pero es posible!
¡Agustín!...

AGUSTÍN

(A ANDREA.*)*

Tú no te aflijas;
ya volveré... Y ¿eso es tó?

GENOVEVA

¿Te paece poco?...

AGUSTÍN

Creía
que era otra cosa más grave.

GENOVEVA

Vas a jugarte la vida.

AGUSTÍN

¡Bah..., qué importa! Yo lo siento
por ésta, por mi familia...,
por mí no... ¿Quién trujo el parte?

(Transición.)

(A BARTOLO.*)*

BARTOLO

Este.

(Señalando a PUÑO E JIERRO.*)*

AGUSTIN

¿Tú?

PUÑO E JIERRO

Yo. La noticia
la supe por la Veora.
Veréis cómo jué. Yo iba
en cata de unas becerras,
que en cuanti uno se descuida
se la arman a uno... ¡Bueno!
Pos detrás de las juitivas
andaba yo renegao
por el Valle las Umbrías,
cuando al llegar al Charcón,
del arroyo e las Torbiscas
vide a la vera del agua
un bulto negro. En seguía
me dije: tate, una bruja;
túmbala patas arriba
si tiés lo tuyo. Prevengo
la jonda; le planto encima
la piedra; guiño este ojo
pa jacer la puntería...
Y en esto me se revuelve
y me dice mu tranquila,
con tó su aquel... "Dios te guarde
Puño e Jierro; no creía
que un vaquero de tu porte
fuera tan corto de vista.
¿No ves que soy la Veora,
cacho e bruto? Bien podías
ir a decirle en mi nombre
al mozo Agustín Valdivia

que el agua de este charcón
me está dando la noticia
de que mañana, temprano,
cuanti asomen las cabrillas,
ha de marcharse a la guerra;
y que su suerte está escrita
en el lucero primero
que a la tarde se divisa."
Yo me quedé tirulato,
como quien dice; y asina,
guiñando el ojo, lo mesmo
que una liebre. De seguía
vine p'acá con el parte,
y allí la quedé, en la orilla
del charcón, jaciendo cruces
y rezando letanías.

ANDREA

¿Pero esa mujer es bruja?

AGUSTÍN

(A PUÑO E JIERRO, *sin poder contener la risa.)*

¡Hombre..., por Dios...!

GENOVEVA

No te rías
de la Veora, Agustín;
a ver si Dios te castiga.

AGUSTÍN

Calle usted, tía Genoveva;
¡si es pa escacharse de risa!

BARTOLO

¡Dios quiera que se equivoque!

GENOVEVA

¡La vez primera sería!

ESCENA QUINTA

(Entra FRASCO *por el foro. Traerá al hombro unas alforjas.)*

FRASCO

Buenas tardes...

PUÑO E JIERRO

Hola, Frasco.
¿De la aldea?...

ANDREA

¿Traes noticias?
¡Pues no dice la Veora,
dándoselas de adivina,
que Agustín ha de marchar
a la guerra deseguía!
¿Verdad que no?

AGUSTÍN

(Aparte a PUÑO E JIERRO.)

¿Qué te apuestas
a qué resulta mentira?
¿Un vaso de vino?

PUÑO E JIERRO

El pescuezo.

FRASCO

(A AGUSTÍN.*)*

No apuestes, que perderías.
Es verdad; vas a la guerra.
Aquí reza la noticia,
en este papel...

(Le entrega un papel que AGUSTÍN *irá a leer junto a la puerta.* ANDREA *le seguirá.)*

PUÑO E JIERRO

¿Lo veis?
Es una mujer mu lista;
tó lo ve drento del agua.

GENOVEVA

Porque el Señor la ilumina.

BARTOLO

Porque es mu santa y mu buena.

PUÑO E JIERRO

Dímelo a mí, que mi hija,
cuando le dieron hechizos,
si no es por élla la lía.
Asín se puso la probe...

ANDREA

(En un grupo aparte. A AGUSTÍN, *por el papel.)*

¿Qué dice?...

AGUSTÍN

Que al ser de día
tengo que salir mañana
pa recoger en la villa
los papeles y marchar
en el tren de Andalucía.

ANDREA

¡Ay, por Dios ...Si no volvieras,
qué iba a ser de mí!...

AGUSTÍN

Descuida.
La bala que ha de matarme
no se ha fundío toavía.

FRASCO

(A AGUSTÍN.*)*

No te embobes, Agustín;
que no sabrán la noticia
tus padres, y no es razón;
lo primero es la familia.

(A ANDREA.*)*

Y tú no llores, mujer,
no es pa tanto....

AGUSTÍN

(A FRASCO.*)*

Es mu sentía.
Bueno; ya me voy...

GENOVEVA

Espera;
voy contigo...

(Poniéndose un mantón que estará sobre la tarima.)

BARTOLO

(A PUÑO E JIERRO.*)*

Tú debías
ir también...

PUÑO E JIERRO

Pos ya lo creo.

BARTOLO

Yo iré pa allá deseguía.

AGUSTÍN

(Aparte a ANDREA.*)*

Vendré luego a despedirme.

ANDREA

Yo te daré una reliquia
de Guadalupe...

AGUSTÍN

Y yo un beso,
y con él mi alma y mi vida.

GENOVEVA

(Iniciando el mutis.)

¿Vamos allá?

PUÑO E JIERRO

Vamos...

AGUSTÍN

(Mutis por el foro.)

Vamos.

(Una vez que sale AGUSTÍN, ANDREA *rompe a llorar y hace mutis por el lateral.)*

FRASCO

(Aparte, por ANDREA.)

¡Va llorando!...

BARTOLO

(Aparte, por ANDREA.)

¡Pobrecilla!

ESCENA SEXTA

BARTOLO

No hay más que desgracias en el mundo,
[Frasco.
El pan que te comes, siempre lleva drento
la jiel de las lágrimas...
¡Mundo pijotero...!

Pos ¿y los compadres? ¿Quieres tú decirme
qué podrá ser de éllos?
Se llevan el hijo a la guerra. El hijo
era pa esos pobres el brazo derecho,
y allí pué quearse pa siempre. La hija
toavía está moza. Y, como son viejos,
si Agustín no vuelve, y no tien un yerno
que gane los cuartos..., a pedir limosna
o a morir de jambre... ¡A ver, qué remedio!
Tú debías casarte con la Mariquilla.

(Pausa breve.)

FRASCO

¡Padre!

BARTOLO

Mira, Frasco, no quise hablar de esto
porque yo contaba con vuestro noviajo
dende que el compadre vino de aparcero.
Como érais muchachos entonces, me dije:
Chitón; punto en boca; dale tiempo al tiempo.
Pero tú ya has salío de quinta,
y ella es moza. Ya es razón que hablemos.
(Se sienta y le ofrece la petaca.)
Vaya, juma...

FRASCO

(Sorprendido.)
¡Padre!

BARTOLO

Dende hoy tiés licencia
pa jumar ante mí... Sin rodeos:
¿Es que no la quieres a la Mariquilla?

FRASCO

Quererla... la quiero.

BARTOLO

Pos entonces... a ver; ¿a qué aguardas?

FRASCO

Es que con quererla no basta pa eso;
hay que sentir algo más jondo toavía.

BARTOLO

Los sentires jondos se barruntan luego;
vienen con el trato y el roce.

FRASCO

No, padre;
se sienten primero.
El roce, que arranca chispas a las piedras
y enciende las tablas y quema los jierros,
podrá caldearnos la carne, en tó caso.
Pero no es tó carne lo que va aquí drento.

BARTOLO

¡Bah... Bah... Bah..., pamplinas! ¿Sentístes
[por alguien
querencias tan jondas?

FRASCO

Las sentí y las siento.

BARTOLO

¿Por quién?

FRASCO

Por la moza más buena del mundo,
más jonrá y más guapa... Pero ¿a qué hablar
[de eso
si no ha de ser mía ni ahora ni nunca?

BARTOLO

¿Y quién es la moza que jace desprecios
a un hombre tan hombre como tú, quién es?
Dí, Frasco...

FRASCO

No es eso.
Yo nunca la jice saber mis querencias,
y otro, que es mi amigo, me ganó el terreno.
Yo soy el culpable de mi mal, yo solo;
¡qué sabían ellos!

BARTOLO

Dí; ¿quién es la moza...?

FRASCO

Ella no tié culpa.

BARTOLO

Me estás jorobando con tantos rodeos.
¿Quién es? Vamos, habla...

FRASCO

Es mi prima Andrea.

BARTOLO

¡Cómo! ¿Nuestra Andrea?...

FRASCO

Sí, padre; la quiero
con toa mi alma!

BARTOLO

¡Mal asunto, Frasco!

FRASCO

Ya lo sé...

BARTOLO

No puedo
jacer cosa alguna.
Ya dí pal noviajo mi consentimiento.
Tiés que darte cuenta
que está la palabra de tu padre al medio.

FRASCO

Está su cariño, que es ya de Agustín.
¡Si no fuá por eso...!

(Pausa.)

Era yo dichoso sin saber de amores.
Bastaba el trabajo pa rendir mi cuerpo;
y pa soñar cosas, esas cosas guapas
que de mozalbetes soñamos despiertos,

me bastaba entonces con la Mariquilla,
que era como rosa de mayo en mi huerto.
No hay risco en la sierra, ni encina en el valle
ni fuente escondía, ni fragüín ligero
que no me recuerde las horas felices
de los días aquellos!
¡Qué bien que vivíamos! La vida era mansa
y el mundo era bueno.
Toas las cosas eran igual que sus ojos,
de un azul de cielo.
Nos queríamos mucho;
élla todavía me sigue queriendo,
se jiso ilusiones... ¡Pobre Mariquilla!...
¡Yo también creía que era amor aquello!

(Pausa.)

Murió tía Mariana.
Tío Melchor quería seguir d'arriero.
Y pa que mi prima no quedara sola,
mandó usté a buscarla, y aquí la trajeron...
y dende aquel día
principió el calvario de mis sufrimientos.
Mariquilla y élla me llamaban siempre
pa que las guiara por los vericuetos
de los andurriales,
cuajaos de jarancios y brezos.
La Andrea era fuerte, su paso era firme;
jamás se paraba pa tomar aliento.
Daba gusto verla trepar por los riscos
ganando la cumbre de tos los cabezos...
Mariquilla, en cambio, prefería los valles
donde los arroyos pasan sonriyendo.
To iba bien entonces; pero poco a poco
barrunté unas cosas que me estremecieron.

Eran mil preguntas que andaban jilando
su lino en la rueca de mis pensamientos.
—¡Qué guapa es tu prima; qué hermosa y
[qué fuerte!
¿Si será élla, Frasco, tu amor verdadero?—
Y el canchal bravío, la encina del valle,
la fuente escondía y el fragüín ligero,
viéndome a su lao, paecían decirme
como respondiendo:
—¡Qué hermosa y qué fuerte...
Por fin encontraste tu amor verdadero!—

BARTOLO

¡Malhaya la pena!...
Pero, vamos, habla; ¿qué más pasó luego?

FRASCO

Un día la Andrea quiso que subiésemos,
yéndole a la zaga, hasta los picachos
del canchal del Ciervo;
allá donde sólo por salvar un chivo
suben los cabreros.
Subió la Andrea sola.
Como a Mariquilla le daban mareos,
me quedé con ella
debajo de un fresno.
Y llegó a la cumbre del risco más alto;
y allí, de pie firme, se quedó un momento.
Miraron sus ojos al sol cara a cara
como si quisieran robarle a los cielos
su lumbre. De orgullo
retembló su cuerpo,

como en el verano, cuando se achicharra
de calor el suelo,
retiembla la entraña de las carboneras
que devora el fuego.
Era el mes de mayo. Nos emborrachaba
de aromas picantes la flor del romero;
sudaba resinas el jaral florío,
corría el lagarto, volaba el vencejo...
y desde las ramas de los alcornoques
prendían las tórtolas su arrullo en el viento.

BARTOLO

¡Malhaya el diablo...!
Pero, vamos, sigue... ¿Qué más pasó luego?

FRASCO

Poca cosa, padre. Dejé a Mariquilla
debajo del fresno;
trepé por los riscos, me llegué a su lao,
la miré de frente... y sentí aquí dentro
que una cosa grande me s'achicharraba
en las dos jugueras de sus ojos negros.

BARTOLO

¡Probe Frasco; da pena escucharte!

FRASCO

Pero hay más toavía. Fué pasando el tiempo;
y una tarde que estaba en el monte
descuajando brezos,
se acercó Agustín
la mar de contento,

diciéndome: —Frasco; abrázame fuerte; traigo una alegría más grande por dentro...— Le abracé; y entonces me dijo: —Soy novio de tu prima Andrea desde ahora mesmo. Alégrate, Frasco; ¿verdad que te alegras?— No sé cómo pude decirle... ¡me alegro!

BARTOLO

¡Válgame Dios, hombre!
Sí que es un calvario lo que estás sufriendo.

(Coge el hacha y se dispone al mutis.)

FRASCO

Pero ni él ni élla tién culpa ninguna.
¡Qué sabían éllos!

BARTOLO

Verdad; no tién culpa. Vamos pa allá, Frasco, que ya los compadres me echarán de menos. ¡Quién sabe toavía!

FRASCO

¡Ya no tié remedio!

(Mutis por el foro.)

ESCENA SEPTIMA

(Entra ANDREA *por el lateral. Traé un cestito de costura que dejará sobre la mesa. Misteriosa se acercará a la puerta del foro y mirará a uno y otro lado. Después sacará un escapulario, lo recortará*

con una tijera y extraerá de él un pedazo de tela, reliquia de la Virgen de Guadalupe. Después de besar la reliquia, dirá):

Perdón, perdón, madre.
Virgencita mía;
perdón si le doy
tu santa reliquia.
Se me va a la guerra,
y él es tó en mi vida.
Mi amor, mi tesoro,
mi amparo, mi dicha.
Si me le mataran
yo me moriría.
Que no me le maten,
Virgencita mía.
En su escapulario
pongo tu reliquia
pa que me lo guardes
de noche y de día.
Vela por su alma,
vela por su vida,
pa que no le jiera
la bala enemiga
Y si me lo jiere,
que cure en seguía.
¡Que no me lo mate,
Virgencita mía!
Hasta Guadalupe
iré peregrina
con los pies descalzos
y sin compañía,
mendigando el pan
por las alquerías.

Esta es mi promesa;
dala por cumplía.
¡Que no me lo maten,
Virgencita mía!

(Coge del cestillo un escapulario aún sin terminar y se sienta a coserlo junto a la puerta del foro. Va anocheciendo.)

¿Vendrá? Sí, vendrá; él es muy osao.
Volveré, me dijo, loco de pasión.
No parará en raya. Es apasionao.
Muy apasionao. Es tó corazón.
Y luego tié planta, y tié gallardía,
y es tan inocente, tan franco y sencillo,
que al darle palique cualquiera diría...
¡qué mozo más mozo!, paece un chiquillo.
¿Vendrá? Yo no quiero que venga, no quiero.
Porque es tan fogoso y tan zalamero
y tan exigente... Pero es necesario;
que si no viniera,
acaso se fuera
sin el relicario.

ESCENA ULTIMA

(Aparece AGUSTÍN *por el foro. Queda un instante en la puerta contemplando a* ANDREA. *Esta, al verle, se pone en pie.)*

ANDREA

¡Agustín!...

AGUSTÍN

¿Estás sola?

ANDREA

No; hay gente allá dentro.

AGUSTÍN

Quiá, me engañas. Tu primo y tus tíos
están con mis padres jaciéndome el duelo.
No hay nadie...

ANDREA

Sí; hay gente.

AGUSTÍN

Pues vamos a verlo.

(Se asoma por la puerta lateral y vuelve sonriendo. Cogiéndole la mano.)

¡Ves, chachina! No pués engañarme.
Ven acá. No sabes lo que yo te quiero;
miajinina e gloria, rayino de luna,
estrellina branca, pimpollino nuevo...!
Dime que me quieres.
¡Nadie te ha querío como yo te quiero!

ANDREA

Qué labia tienes; no me engañes.
Sígueme hablando... Sí, te creo,
quiero creerte.

(Transición.)

Vuelve pronto.
Piensa en lo mucho que te quiero.
Yo rezaré por ti a la Virgen.

AGUSTÍN

Sí, volveré; no tengas miedo.
Cuando las balas enemigas
vengan silbando, tus recuerdos
sabrán librarme de la muerte.
Y cuando vuelva, casaremos;
y seré tuyo y serás mía.
Y mis caricias y tus besos
convertirán nuestras querencias
en manantial de amores nuevos.
Tendremos hijos, muchos hijos...
¡Verás, el mundo será nuestro!

(De la lejanía llegan confusas las notas de una canción que, al son de guitarras, bandurrias y panderos, entonan los mozos que vienen de la aldea para despedir a AGUSTÍN.*)*

ANDREA

¡Oh... qué alegría; Dios te oiga!

AGUSTÍN

¡No desconfiès; Dios es bueno!

ANDREA

¿Oyes; acaso hay romería?

AGUSTÍN

(Después de escuchar.)

Calla a ver. Sí, son éllos.
Son mis amigos de la aldea,
que al enterarse prometieron
acompañarme toa la noche.

ANDREA

¡Pues sí que traen un sentimiento...!

AGUSTÍN

Los que nos vamos al servicio,
siempre cantamos y bebemos,
que con el vino y con el cante
no hay penas jondas—dicen—, pero
no es oro to lo que reluce.

(Los mozos se acercan.)

La procesión anda por dentro.
Escucha bien. Van pa mi choza;
ya se apartaron del sendero.
¿Has entendío lo que cantan?
Esa canción tié sentimiento.
Esa es la espina que llevamos,
los que nos vamos, aquí dentro.

(Se oye claramente la letra de la canción, que será la misma que recite AGUSTÍN *después de escucharla.)*

"Las madres son las que lloran,
que las novias no lo sienten;

se juntan con otros mozos,
y con ellos se divierten."

ANDREA

¡Agustín, no, tú no la cantes!
Calla, por Dios, no cantes eso;
que yo te juro por la Virgen
que mi querer es verdadero,
y mientras tanto tú no vuelvas...

AGUSTÍN

¿Qué...?

ANDREA

(Emocionada, sin saber terminar la frase, se arroja en sus brazos.)

¡Qué soy tuya, qué te quiero...!

AGUSTÍN

(Después de abrazarla, radiante de alegría.)

Deja que mire yo tus ojos;
deja que huela yo tu aliento,
que huele a rosas encendías,
a mejorana y a poleo;
olor a campo remojao
por el turbión del aguacero.
Deja que bese yo tu boca,
deja que zugue yo tu aliento
igual que zugan las abejas
las florecinas del guapero.
Quiero llevarme tus olores

encerraínos aquí dentro,
pa echarlos fuera si me jieren
y no morirme sin golerlos.
Mi tierra y tú sois mis amores...
¡¡Mi tierra y tú goléis lo mesmo!!

(Beso largo, apasionadísimo. Es casi de noche. Se oye, lejana, la canción que entonan los mozos. Llega, de las majadas próximas, el claro tintineo de las esquilas.)

TELÓN

FIN DEL CANTO PRIMERO

CANTO SEGUNDO

EL MAL DE OJO

CANTO SEGUNDO

EL MAL DE OJO

La misma decoración del acto primero.
Además de los enseres y herramientas, habrá en lugares oportunos, un caldero grande de cobre y dos cestos de mimbres, uno de ellos lleno de ropa.
Son las primeras horas de la mañana de un hermoso día de abril.

ESCENA PRIMERA

(BARTOLO, GENOVEVA *y* FRASCO, *sentados a la mesa en el centro de la escena, terminan de comer las migas.)*

GENOVEVA

Mes y medio lleva ya
sin escribir ni a sus padres,
Agustín. ¿Qué pasará?

BARTOLO

¡Pos na bueno!

GENOVEVA

Los compadres,
que rumiaban su tristeza
con esperanzas toavía,
ya no levantan cabeza.
Ayer pasaron el día
entero llora que llora...
¡Los pobres...!

BARTOLO

La desazón
esa que tienen ahora,
pa mí que es que del sofocón
de antiernoche...

GENOVEVA

La Veora
ni les dió ningún consuelo
ni cosa mala les dijo,
después de tó...

BARTOLO

¡Vió a su hijo!

GENOVEVA

Bueno, ¿y qué?

BARTOLO

Le vió en el suelo,
con el traje esgalazao
y las juerzas entumías.

GENOVEVA

Pue que estuviera acostao.
Lo del traje, en un soldao
es natural.

FRASCO

(Indignado.)

¡Brujerías;
embustes, marrullerías
de la astuta viviora
pa sacarles el dinero!

BARTOLO

No, Frasco, no. La Veora,
la hermana del curandero.
es sabia; Dios ha querío
concederle toas las cencias.

GENOVEVA

No hagas caso. Tan leío
y escribío
como es, no tié creencias.

BARTOLO

(A FRASCO.)

Pero has de reconocer
que es Dios el que la ilumina.

FRASCO

(Levantándose.)

¡Y que con tanta pamplina
vos esté engañando a tós
esa bruja... tié que ver!

BARTOLO

Frasco; si no crees en Dios,
¿en qué cosa pués creer?

FRASCO

En Dios, sí; soy buen creyente.
Si por eso mesmamente
reniego de esa canalla
que pone a Dios por pantalla
pa engatusar a la gente!
¡Si da coraje pensar
que vos vais a condenar
por culpa de esa chismosa
que quié ser más milagrosa
que la Virgen del lugar!
¡Si ya la Madre Bendita
llora de pena en su ermita,
sola, sin luces ni flores
porque van con sus dolores
tós a la bruja maldita!
Y es cosa que clama al cielo
ver la ermita abandoná,
la gente, toa embrujá,
la devoción, por el suelo.
La bruja con su espejuelo
vos va deslumbrando a tós,

Al menos vosotros dos
debíais tener más creencias,
y ver que sobre las cencias
de las brujas, está Dios.

GENOVEVA

(Con ironía.)

¡Qué buen cura se ha perdío
la Santa Iglesia, hijo mío!
Predicarías mu bien.

BARTOLO

Pos casi me ha convencío,
no creas...

GENOVEVA

¡Y a mí también!
¡Claro! Dejándole hablar
convence; tié güena labia.
Pero él no trató a la sabia
nunca; no pué criticar.

FRASCO

Sé quién es y cómo es
la bruja dende chiquillo,
y la conozco al deíllo
del derecho y del revés.
Es lampuza, cizañera,
retorcía, trapacera,
sabijonda y solapá.
Trae, lleva, viene y va
siempre azuzando rencores,

que a río revuelto—dirá—
ganancia de pescaores.
De noche va con embozo
fisgando de choza en choza
pa descubrir si una moza
suspira o no por un mozo;
que pa conseguir noviajos,
embaucar y convencer
élla sabe componer
embustes y bebistrajos.
Más que hablar sabe callar;
pregunta sin preguntar,
y es tan astuta la indina,
que tó lo que ha sonsacao,
después de bien aliñao,
jace ver que lo adivina.
Cuando viene por aquí,
ya está tó perdío. Y...
ni al viento pués confiar
un silbío ni un cantar
ni un sollozo ni un lamento;
porque la maldita vieja
tié ladrones en la oreja
pa desvalijar al viento.
Tó lo oye, tó lo ve,
tó lo aúsma, tó lo advierte,
con tó quié jacer su avío:
¡lo mesmo saca partío
del amor que de la muerte!

GENOVEVA

Pos pa mí que por ahora
no te la quitas de encima;

viene a curar a tu prima
del mal de ojo.

FRASCO

¿La Veora?

GENOVEVA

¡Claro; quién quedrás que sea!

FRASCO

¿Cómo, pero es verdad...? ¡Padre!

BARTOLO

Sí, Frasco. Tu prima Andrea
tié mal de ojo. El curandero
la curó mal; y tu madre,
que no escatima el dinero
pa cosas de la salud,
fué anoche mesmo a llamarla
pa que hoy viniera a curarla
con su cencia y su virtud.

FRASCO

¿Pero el mal de ojo qué es?

GENOVEVA

¿Lo ves, Bartolo, lo ves!
No sabe qué es y porfía.

FRASCO

Sé que es una tontería
como otras muchas; na más.

BARTOLO

Eso, no; oye y verás.
Si una mocita temprana
es hermosa,
y es garbosa,
fresca, floría y lozana,
como enantes jué la Andrea:
otra moza, flaca y fea,
que esté rabiando de envidia,
si tié bastante perfidia,
va y la mira con enojo
de reojo.
Y la mocita preciosa
se mustia como una rosa
y enferma del mal de ojo.

FRASCO

¡Padre, por Dios; qué simpleza!

GENOVEVA

¡Qué sabes tú, desdichao!

BARTOLO

¡Es el mal de la tristeza
el mal de ojo, está probao!

(FRASCO, *malhumorado, coge un hacha y comienza a afilarla con un asperón, sin prestar atención a lo que dicen sus padres.)*

GENOVEVA

¿Quién será la buena amiga
que al mirarla la embrujó?

BARTOLO

Genoveva, no se diga
que sospechas de alguien...

GENOVEVA

No.
Sospechar no es condenar

BARTOLO

Sí mujer, que no hay que ir
mu lejos pa descubrir
que crees que la Mariquilla
ha sío quien la embrujó.

GENOVEVA

(Señalando por la puerta del foro.)

¡Calla; que te puede oír!

BARTOLO

(En voz baja.)

Y es incapaz la chiquilla
de esas cosas...

GENOVEVA

¡Qué se yo!

BARTOLO

¡Bueno! Me voy a acostar,
que pasé la noche entera
velando la carbonera.

(Mutis por el lateral.)

GENOVEVA

Y yo me voy a lavar.

(A FRASCO.*)*

¿Vendrás pronto a merendar?

FRASCO

Me es igual; como usted quiera.

GENOVEVA

Ven más bien tarde.

FRASCO

Vendré.

GENOVEVA

(Llamando desde la puerta lateral.)

¡Mariquillaaaa...!

MARIQUILLA

(Desde dentro.)

¡Mande usté!

GENOVEVA

Vamos.

MARIQUILLA

(Entrando.)

¿Qué hay?

GENOVEVA

Llévame el cesto

(Señalando el cesto de ropa.)

hasta bajar el recuesto.
Ese que está ahí.

MARIQUILLA

Ya sé.

(Mutis Genoveva.)

ESCENA SEGUNDA

(MARIQUILLA, *después de colocar el cesto sobre la tarima para podérselo luego echar al cuadril, observa a* FRASCO, *esperando que éste le diga alguna cosa.* FRASCO *continúa afilando el hacha como si no la hubiera visto.)*

MARIQUILLA

¿Te quedas?

FRASCO

Sí.

MARIQUILLA

¿Qué te pasa?

FRASCO

¡Psss. Ya ves!

MARIQUILLA

No estás en ti
¡qué se yo! Ni vas por casa,
ni tiés compasión de mí.

FRASCO

¿De ti... por qué?

MARIQUILLA

Porque sí.
¡Cosas que me figuré
que cuajarían!

FRASCO

¡No sé!

MARIQUILLA

Soy boba; dispénsame.
Es que paso noche y día
recordando. ¡Es mi manía
recordar...!

FRASCO

Jaz lo que yo;

no mires nunca pa atrás.
To lo que pasó, murió.

MARIQUILLA

¡Pa ti, quizás;
pa mí, no!

(Pausa breve.)

Una tarde me decías...
¡Qué bonito está el jaral
con las jaras florecías!
Y yo, queriendo lucir
una miaja mi sentir,
al ver un cerro morao
por los cantuesos en flor...
dije, digo: ¡Bien mirao,
paece que le han plantao
la túnica del Señor!

(Transición.)

Aquello no pué morir,
Frasco; porque a mi decir
de tal forma contestaste,
diciéndome tantas cosas...
¿Recuerdas?

FRASCO

No.

MARIQUILLA

Te engañaste,
ya lo sé; ¡me comparaste
con los lirios y las rosas!

FRASCO

No recuerdes, Mariquilla;
hoy, ya mozos, no es igual:
tú no eres ya chiquitilla,
yo tengo que ser formal.

MARIQUILLA

¡El jaral, aunque creció,
volvió Mayo, y floreció!

FRASCO

¡Vamos..., calla!

MARIQUILLA

¡Callaré!

(Pausa breve.)

Cortando flores pa ti
una espina me clavé.
No sé si viniste a mí,
sin llamarte, o te llamé.
Ello es que sin parar mientes
en el inte la sacaste
con las pinzas de tus dientes,
y en la llaga me besaste.
¡Pobre mano chiquinina,
cómo te lo agradeció...
Pero el beso aquél entró
por donde salió la espina!

FRASCO

¡Que estoy sufriendo, mujer,
ten piedad!

MARIQUILLA

¡Vivo muriendo
desde entonces, sin saber
por qué me castiga Dios!

(Voz de GENOVEVA *llamando desde lejos.)*

¡Mariquillaaaaa...!

MARIQUILLA

¡Voy corriendo.. !

(Pausa breve. A FRASCO.)

Me besaste sin querer.
¿No es verdad?

FRASCO

Sí...

MARIQUILLA

(Coge el cesto y sale enjugándose las lágrimas.)

¡Claro...! Adiós...

ESCENA TERCERA

FRASCO

(Tras breve pausa, viendo alejarse a MARIQUILLA.*)*

¡Y haberla consentío tanto...
Y al jacerla de llorar
no poder secar su llanto
pa no volverla a engañar...!
¡Malhaya sea el amor
culpable de sus enojos;
si estaba ciego, Señor,
¿por qué me abriste los ojos?
Si na del amor sabía,
y era feliz sin saber...
¿A qué vino esa mujer...?
¡Y luego pa no ser mía!
¿No es el amor pa gozar?
¿Pa sufrir, no es el dolor?
Si el amor jace llorar...
¡Malhaya sea el amor...!

(Se echa al hombro la chaquetilla y se dispone al mutis, llevándose el hacha. En este momento aparece ANDREA *por el lateral.)*

ESCENA CUARTA

ANDREA

Frasco....

FRASCO

¿Qué quieres, Andrea?

ANDREA

¿Irás pronto pa la aldea,
Frasco?

FRASCO

No sé; creo que sí.

ANDREA

Es que quería un favor.

FRASCO

¿Un favor..., de quién?

ANDREA

De ti.

FRASCO

(Dejando sobre la tarima la chaquetilla y el hacha.)

¿De mí...? Pues vaya una cosa;
tú no tiés más que mandar.

ANDREA

Es que...

FRASCO

No seas remilgosa.
mujer. ¿Te vas a olvidar
de que yo siempre consigo
pa ti tó lo que tú quieres?
Pide allá.

ANDREA

¡Qué bueno eres!
¡Qué buenos sois tós conmigo!
Pero me temo que sea
mucho pedir.

FRASCO

Me es igual.

ANDREA

Pues entonces... Ve a la aldea;
y si no hay carta pa mí
de Agustín, vete al cortijo
viejo del alcornocal,
pa que Braulio, el mayoral,
te diga qué es de su hijo.
¡Como está allí de soldao...!
¿Comprendes?

FRASCO

Sí.

(Aparte.)

Demasiao;
tié poco que comprender.

ANDREA

El tío Braulio ha de saber
algo de Agustín, ¿verdad?

FRASCO

Quizá sepa.

ANDREA

(Dejándose caer en la tarima.)

¡Ay...! Yo estoy
que no vivo, Frasco. Hoy
¡no sé!, tengo una ansiedad
tan grande..., una desazón...,
un algo tan dolorío...

FRASCO

Vamos, ten resignación.

ANDREA

¡Es que me da el corazón
que a mi Agustín le han jerío!

FRASCO

(Aparte.)

¡Su Agustín..., suyo..., no pueo
ni escucharlo tan siquiera...!

ANDREA

(Levantándose y yendo hacia él.)

¿Te callas... Crees...?

FRASCO

No; yo creo
que si algo le sucediera
más pronto te escribiría.

ANDREA

¿Y si es grave la jería?
¿Y si...?

FRASCO

No pases cuidao.
En un caso así, al instante
lo diría el comandante
al concejo del poblao.

ANDREA

¿Y si no le pasa na
por qué callá?

FRASCO

¡Ve a saber...,
qué se yo...!

ANDREA

¿Me olvidará;
será posible...?

(Vuelve a sentarse.)

FRASCO

¡Mujer...!

(Aparte.)

¡Qué sencillo me sería
quebrantarle la ilusión...
Pero es una cobardía...,
no sé jerir a traición.
Soy Cortés y soy jonrao!

ANDREA

Pero no, no me ha olvidao.
¿Verdad que no puede ser,
Frasco, que un hombre del brío
de Agustín, si es bien nacío,
se burle de una mujer?

FRASCO

Burlarse..., ya es demasiao.
Claro que en cosas de amores...

ANDREA

El se las da de jonrao;
su casta es de las mejores.

FRASCO

La nuestra sí que lo es;
no hay ninguna más jonrá.
Siempre llevan los Cortés,
la frente mu levantá.

ANDREA

(Aparte avergonzada.)

¡Dios mío..., pobre de mí!

FRASCO

(Tras breve pausa, cogiendo la chaquetilla y el sombrero.)

Bueno; ya me voy. Dí:
¿quieres más cosas de allá?

ANDREA

No, gracias. Ve deseguía,
pa que me puedas traer,
antes del anochecer,
con su carta, la alegría.

FRASCO

(Iniciando el mutis, aparte.)

Malhaya.

ANDREA

(Aparte, disponiéndose a coser.)

¡Qué bueno es!

FRASCO

Ea; adiós.

ANDREA

Hasta después.

(Mutis de FRASCO *por el foro. Pausa.* ANDREA *cose. Después, comentando, dirá):*

¡Siempre llevan los Cortés
la frente mu levantá...!
¡Si él sospechara siquiera...,
qué vergüenza...!

(Baja la cabeza y seca unas lágrimas. Pausa. Sigue cosiendo.)

ESCENA QUINTA

MARIQUILLA

(Desde la puerta del foro, por FRASCO.*)*

¡Na, y se va!
Porque me vió venir, por eso.
¡Si pensará que yo embrujé a su prima
del mal de ojo! Sus desprecios
no puen ser otra cosa. ¡Ay, Dios mío!

¡Si él y la Andrea pensarán lo mesmo
y de ahí que rejuyan mi compaña!
Pero no, no pué ser... ¡Dios, qué tormento!
Ya estoy aquí.

(Entrando, dirigiéndose a ANDREA.)

ANDREA

¿De dónde?

MARIQUILLA

Del arroyo.
Fuí con tu tía.

ANDREA

Pronto has vuelto.

MARIQUILLA

Es que no vivo de impaciencia.
Vamos, Andrea, dime eso,
por lo que tú más quieras, ¿qué te pasa?

(Sentándose a su lado.)

ANDREA

¿Pero comienzas ya de nuevo?
Déjame estar, no seas cansina.
¿No ves que estoy sufriendo?

MARIQUILLA

Es que tú disimulas,
me ocultas algo, bien lo veo.

ANDREA

¡Hija, lastimas con tus cosas!
Si tos mis secretillos te los cuento
ce por be y al instante, ¿qué más quieres?

MARIQUILLA

El secreto de ahora es lo que quiero.
Dime, ¿por qué me esquivas?
¿Por qué me tratas con despego;
por qué no vas, Andrea, pa mi choza
como ibas antes?

ANDREA

¡Si no puedo;
si este dañino mal de ojo
me tiene trastorná!

MARIQUILLA

No, no te creo;
disimulas muy mal; no me convences.

(Levantándose y cogiéndole la cara con las manos. Muy resuelta.)

Oye, dime: ¿por qué miras pal suelo
cuando hablamos? Se mira cara a cara,
así.

ANDREA

(Rechazándola.)

Deja, no quiero.

MARIQUILLA

(Llorando.)

¿Ves como era verdad? ¡Virgen Santísima,
qué horror; me tienes miedo!

ANDREA

¿Miedo de qué, muchacha? Tú estás loca.

MARIQUILLA

(Sollozando.)

¡Pobre de mí! Lo veo y no lo creo.
Y es verdad, ¡es verdad! Lo sospechaba.
¡Qué vergüenza... No tiés perdón del cielo!

ANDREA

(Levantándose rápidamente, convencida de que MARIQUILLA *sabe su secreto.)*

¡Calla, no hables tan alto!
¿Sospechabas, el qué? Dí, sin rodeos.
No te calles, por Dios, habla, chiquilla.

MARIQUILLA

Tan espantoso es, que no me atrevo
ni a decirlo siquiera.

ANDREA

Dilo de cierto modo. Yo comprendo
con poco que me digas. ¿Sospechabas...?
¿Qué sospechabas? Dilo presto.

MARIQUILLA

Si pensarlo tan sólo me horroriza.
¡Cómo voy a decirlo; no, no puedo!

ANDREA

Habla ya de una vez, sea como sea,
que me vas a matar con tu silencio.

(Pausa. MARIQUILLA *solloza.)*

¿Crees que la causa de mi mal...?

MARIQUILLA

(Rápida.)

No sigas.
Calla, no hables... ¡Sí, lo creo!

(Pausa. ANDREA *se deja caer en la tarima ocultando el rostro.)*

¿Qué pensará Agustín cuando lo sepa?

ANDREA

Lo sabe ya.

MARIQUILLA

(Indignada.)

¿Y tú le has dicho eso;
y tuviste valor; pero tiés pruebas?

ANDREA

(Con naturalidad.)

Por suerte o por desgracia, sí, las tengo.

MARIQUILLA

(Sorprendida.)

¿Por suerte o por desgracia?
No sé qué dices; no comprendo.

ANDREA

¡Más vale así!

MARIQUILLA

(Desconcertada.)

¿Más vale así?
Me quieres confundir, por lo que veo.
Habla claro, que entienda lo que dices.

ANDREA

Tu inocencia te excusa de entenderlo.

MARIQUILLA

¿Mi inocencia? ¡Si tú me crees culpable!

ANDREA

¡Culpable tú, de qué?

MARIQUILLA

De eso,
de lo que sufres, de tu mal de ojo.
¿de qué va a ser?

ANDREA

(Levantándose turbada por la alegría que a todo trance quiere disimular.)

¡Ah..., sí..., claro..., de esto,
del mal de ojo..., claro...! Tú creías...

MARIQUILLA

Lo creía y lo creo;
que tú crees que mis ojos te embrujaron.

ANDREA

(Acariciándola.)

¡Bueno, chachina, bueno!
Pues no lo creas ya. Sí, recelé
un poco..., fué al principio. Después..., luego,
¿sabes?..., ¡las cosas!: como una
pensó mal..., pues por eso
después está tan corta. Y tú notabas
algo, ¿verdad?, y sospechabas... ¡Bueno,
ya pasó! ¿Me perdonas? ¿Ves, chachina,
cómo miro tus ojos? Dame un beso.

(Se besan.)

MARIQUILLA

¡Ay qué nerviosa estás; lloras y ríes!

ANDREA

(Rápida.)

Es el mal.

MARIQUILLA

Yo no sé lo que te encuentro
de raro en el semblante, en las palabras...,
qué sé yo!

ANDREA

(Rápida.)

Es el mal. Dame otro beso.
Dime que me perdonas, Mariquilla.

MARIQUILLA

(Después de besarse.)

¡Si ya te perdoné!

(Aparte.)

¡Qué raro es esto!

(Tras la ventana pasarán en este momento GENOVEVA *y* LA VEORA *con dirección a la puerta del foro.)*

Oye, mira; tu tía y la Veora.
Me voy por el falsete de allá dentro,
que no me vean salir.

ANDREA

Quédate aquí conmigo.

MARIQUILLA

No, no quiero.
Vendrán a averiguar quién te ha embrujao,
y debéis estar solas. Hasta luego.

(Mutis por el lateral.)

ANDREA

(Aparte.)

Otro suplicio más. Me están matando.
No tengo fuerzas pa seguir fingiendo,
y he de fingir hasta el postrer instante...
¡Y ya no puedo más, Señor, no puedo!
Ten compasión de mí.

ESCENA SEPTIMA

(GENOVEVA *y* LA VEORA *por el foro.)*

GENOVEVA

(Desde la puerta.)

Entra, Veora;
esta es mi casa.
Aquí rumíamos nuestra pobreza.

VEORA

(Ya dentro, tras una rápida ojeada.)

Apañaíta, limpita y branca.

¡Mentira paece
que aquí haiga lágrimas!

GENOVEVA

Pues sí, las hay
y en abundancia.

(Presentando a su sobrina.)

Esta es la moza que tanto pena
dende la hora que la embrujaran,
y a quien tu hermano curó diez veces
sin aliviarla.

VEORA

(A ANDREA.*)*

Bueno, mocita;
tiés buen palmito. Dame la cara
que nos veamos.

*(*ANDREA *levanta la cara y mira con recelo.* LA VEORA *la examina detenidamente. Después sonríe y dice):*

¡Sí que eres guapa!
Por tu semblante de flor de luna,
bien que debieron correr las lágrimas.
Pero tus ojos arden toavía...
¡Tú llevas fuego dentro del alma!

(Transición. A GENOVEVA.*)*

¿Jizo la cura de los hechizos
mi buen hermano?

GENOVEVA

Como Dios manda.
Negra y lustrosa fué la gallina
que yo le truje. Con su navaja,
de un solo tajo la abrió por medio;
y echando sangre de sus entrañas,
viva toavía, la puso encima
de la mollera de la muchacha.
Esta se puso como un Ecce-Homo...
¡Me dió una lástima...!
Porque la probe no abrió la boca;
sufrió la cura como una santa.

VEORA

Eso me prueba que no hay hechizos.
En fin; veamos lo que le pasa.
Trae que yo encienda la capuchina,
lléname de agua
un tazón grande que esté mu limpio.

(Coge GENOVEVA *de la cornisa de la chimenea la capuchina, que entregará a* LA VEORA, *y un tazón de Talavera, que llenará de agua.* LA VEORA *encenderá la capuchina y la colocará sobre la mesita que estará en el centro de la escena. En tanto dirá* ANDREA*)*:

ANDREA

¿Pa qué más curas? ¡Si no estoy mala,
si desde entonces me puse buena!

VEORA

A la Veora naide la engaña.
Mira mis ojos:
to lo trasminan, to lo taladran...
Tú sufres mucho; tú llevas fuego
dentro del alma.
Pero no importa, yo he de curarte.

GENOVEVA

(Que vuelve de la cantarera.)

Aquí está el agua.
¿Qué más precisas?

VEORA

Un paño negro.

GENOVEVA

(Quitándose el delantal y ofreciéndoselo.)

¿Es suficiente?

VEORA

(A GENOVEVA.*)*

Con esto basta.

(Echándose el delantal sobre el brazo y cogiendo de la mesa la capuchina y el tazón, que ofrecerá a ANDREA.*)*

Ten un instante.

Cierra las puertas y la ventana.

(GENOVEVA *y* ANDREA *obedecen.* LA VEORA *coloca el delantal sobre la mesa.* ANDREA *suspira.)*

ANDREA

¡Ay...!

VEORA

No te aflijas.
Dentro del agua,
cuanti que rece mis oraciones.
veré la causa
de tus pesares.
Dios, por mis méritos, me dió esta gracia.
Trae.

(ANDREA *le da la capuchina y el tazón, que* LA VEORA *colocará sobre la mesa.)*

¡Ya está listo!

(Se arrodillará LA VEORA, *se santiguará, hará como que reza y bendecirá el agua aparatosamente; después quedará mirando con fijeza al fondo del tazón.* ANDREA *observará todo aquello con repugnancia y temor.)*

GENOVEVA

(A LA VEORA.*)*

¿Ves algo?

VEORA

Calla.

Pedirle al cielo que me ilumine.
Besar mis cruces de "Alcarabaca".

(Sin dejar de mirar saca de la faltriquera un manojo de cruces que entregará a GENOVEVA. *Esta las besará y hará que también las bese* ANDREA. *Ambas mujeres se arrodillarán y rezarán.* GENOVEVA, *con mucha fe, y* ANDREA, *por cubrir las apariencias.)*

VEORA

¡Ya veo..., ya veo!

GENOVEVA

(Levantándose y yendo a su lado.)

¿Qué ves, Veora?

VEORA

Nubes oscuras cuajás de lágrimas;
jondos recuáncanos,
negras bisarmas
que se revuelven en las neblinas
jaciendo cábalas.
Allá va el buitre que ausma la carne.
Sobre sus alas
va un amorcillo color de rosa.
Detrás le siguen muchos fantasmas.

ANDREA

(Aparte.)

¡Qué horror, Dios mío!

GENOVEVA

(A LA VEORA.*)*

Mira de nuevo.

VEORA

Ya voy; ten calma.

(Vuelve a mirar.)

Ahora un relámpago...
¡Ah... Si es la Muerte con su guadaña
rasgando el seno de las tinieblas!...
Se enturbia el agua.
Seguir rezando.
Besar mis cruces de "Alcarabaca".

(GENOVEVA *besa nuevamente las cruces y las da a besar a su sobrina. Se arrodillan las dos mujeres.* LA VEORA *repite los rezos y bendiciones, observando en* ANDREA *el efecto de sus palabras.)*

ANDREA

(Aparte.)

¡Qué cosas dice!
¿Verá tó eso dentro del agua?

VEORA

(Que habrá vuelto a mirar.)

Ya van juyendo los nubarrones.
Sobre las vegas del Guadiana,
vuela un cernícalo tras una tórtola.
Ya cae rendía..., ya le da caza...
¡Ya se la engulle!...

Va anocheciendo; la luz se apaga...
Por un camino van muchos mozos
con panderetas y con guitarras...
y van cantando.

(Mira a ANDREA *de reojo.)*

ANDREA

(Preocupada. Acercándose a LA VEORA.*)*

¿Qué es lo que cantan?

VEORA

(Sonriendo maliciosa.)

¡Ay, buena moza! Yo no los oigo:
Dios no me ha dao esa otra gracia.

GENOVEVA

(Impaciente.)

¡Vamos!

VEORA

No hay priesa,
mujer, aguarda.

ANDREA

(Aparte.)

¡Será posible!

VEORA

(Mirando nuevamente.)

Una cabaña
de carboneros
me se aparece dentro del agua.

GENOVEVA

(Muy contenta, a su sobrina.)

¡Es nuestra choza!

VEORA

No me distraigas.
Una mocita de ojos de noche,
hermosa y guapa
como las vírgenes,
suspira dentro de la cabaña.

GENOVEVA

(A LA VEORA, *muy satisfecha.)*

¡Esa es mi Andrea!

(A ANDREA.)

Pronto sabremos lo que te pasa.

ANDREA

(A LA VEORA, *atemorizada.)*

¡Por Dios, Veora!

VEORA

(A ANDREA, *tras una sonrisa triunfal.)*

Reza y no tiembles. Escucha y calla.

(Pausa breve. Mirando al interior del tazón.)

Tornan las nubes cuajás de llanto.
Vuela un murciélago.
Se enturbia el agua...

Alguien no reza como es debio.
Besar mis cruces de "Alcarabaca".

(GENOVEVA *y* ANDREA *besan nuevamente las cruces. Se arrodillan.* LA VEORA *repite sus ceremonias y vuelve a mirar.)*

Ya veo claro,
Ya tié la moza buena compaña.
Es un buen mozo, de pelo en pecho,
alto y fornio, de buena planta.

GENOVEVA

(A su sobrina, alarmada.)

¡Ese es tu novio!

ANDREA

(A LA VEORA, *suplicando.)*

¡Veora...!

VEORA

(Sin alzar los ojos.)

¡Calma!
El está hablando .¡Ay..., quién le oyera!
Ella se pone como la grana.
Baja los ojos... Mira pal suelo...

(Pausa breve.)

¡Qué retunante..., cómo la engaña...!
¡Cómo la mima..., cómo la besa...!

ANDREA

(Rápida, enérgica.)

¡Veora..., calla!

GENOVEVA

(Indignada, a LA VEORA.*)*

¡Sigue mirando!

ANDREA

(Muy enérgica, tapando el tazón con la mano.)

No. Clama al Cielo
que me afrentéis con mi desgracia.

GENOVEVA

¡Cómo!... ¿Qué dices?... ¿Tú?...

VEORA

(Con sonrisa diabólica.)

Buena moza;
¿cómo querías que te curaran?

ANDREA

(Ocultando el rostro entre las manos y dejándose caer en la tarima.)

No maltratarme,
compadecerme, tenerme lástima...

GENOVEVA

(Indignada.)

¡Compadecerte! ¿No te das cuenta
que ya la jonra de nuestra casta
cayó en el cieno por culpa tuya,
reperigaya?

¡Compadecerte...,. compadecerte...,
si merecías que te mataran!

ANDREA

(Sollozando.)

Bueno; matarme.
Pero yo os juro que no fuí mala;
cegué de amores.

GENOVEVA

Y aquel bigardo, ¡juy, qué canalla...!

ANDREA

¡Tía Genoveva!

GENOVEVA

¡Ah!, ¿le defiendes?...
¡Eso faltaba!

VEORA

(Aparte a GENOVEVA.*)*

Vaite con tiento.
No la sofoques a la muchacha.
Esto sucee ya tos los días;
no tié importancia.

GENOVEVA

¿Pero tú has visto? ¡Quién lo diría.
La perigaya!...

ESCENA OCTAVA

(Dichos y PUÑO E JIERRO, *que entrará oportunamente por el foro.)*

PUÑO E JIERRO

(Llamando por el foro.)

Bartolo, tío Bartolo.

VEORA

Es Puño e Jierro.

GENOVEVA

¿Qué quedrá el zángano? ¿Le abro la puerta?

VEORA

Sí; pero aguarda, que es malicioso
como un diantre. Quita la mesa
y recada estas cosas; ten.

(GENOVEVA *y* LA VEORA *recogen la capuchina, el tazón y el delantal.)*

(La voz de) PUÑO E JIERRO

¡Tío Bartoloooooo!

GENOVEVA

Voy, hombre, voy. ¡Jesús, qué juerza;
ni que juéramos sordas!

(Abre la puerta y entra PUÑO E JIERRO.)

PUÑO E JIERRO

¿Y tu marío?
¿Onde está tu marío, dí, Genoveva;
salió ya pal trabajo; ónde va el corte;
por el encinar viejo, por las loberas,
por los alcornocales...? Dí: ¿pa ónde tiro?

GENOVEVA

¡Hombre de Dios, que paece que te dan cuer-
déjame hablar! Bartolo duerme toavía. [da,
Veló toita la noche la carbonera.
¿Tú que es lo que le quieres?

PUÑO E JIERRO

Que se espabile;
pero que se espabile más que depriesa,
que traigo mal asunto. Pero... ¿qué os pasa?
¿Tú con cara e vinagre..., jimplando aquélla...
la Veora en el ajo..., y por si juera poco,
cerrá la puerta?...
Vusotras lo sabéis. ¡Vos figuráis
que yo me chupo el deo! Vos vino ésta
con la mala noticia.

(Encarándose con LA VEORA, *sin dejar hablar a nadie.)*

¡Mu bien, Veora!
Te las estás buscando con tu sabienda.
¿Eh? Abre el ojo, porque algún día
te escachurran la jeta.

Como tú ves las cosas drento del agua,
pos, ¡claro está!, te gusta lucir tu cencia,
¿no es asín? ¡Miá que es grande!
Dispués de tó, me alegro de que lo sepan.

(Transición.)

¿Jué en el charcón de en tiempos donde le [viste?
¿Y cómo jué la cosa? Dí, cuenta, cuenta.
¿Moriría de fijo como un valiente,
verdad?, dando la cara. ¡El mozo era
de los mesmos reaños de Extremaúra!
¡Probe Agustín Valdivia! ¡Maldita guerra!

(GENOVEVA *y* LA VEORA *quedan un momento como aturdidas.* ANDREA, *rápida, se levanta y va hacia él, diciendo*):

ANDREA

¿Qué dices, Puño e Jierro; me lo han matao?
¿A mi Agustín?... ¡Dios mío!

(Llora.)

PUÑO E JIERRO

¡Mujer..., Andrea!
¿Es que no lo sabías?

ANDREA

¡Me lo han matao!
¡Me lo han matao!

GENOVEVA

(A PUÑO E JIERRO.*)*

¿Pero de veras
mataron a Agustín? ¡Ay, qué desgracia!

VEORA

(A PUÑO E JIERRO.*)*

¡Qué floja tiés la lengua!

GENOVEVA

(Iniciando el mutis por el lateral.)

¡Si paece castigo de Dios! Bartolo,
Bartolo..., oye, escucha.

(Mutis por el lateral.)

ESCENA NOVENA

VEORA

No tiés conciencia,
Puño e Jierro; eres malo.
Ya ves lo que jicistes. ¿No te da pena?

(Por ANDREA, *que llora amargamente.)*

ANDREA

¡Mi Agustín de mi alma!

VEORA

(Aparte, consolándola.)

¡Probe criatura!

PUÑO E JIERRO

(Para sí, rascándose la cabeza.)

Que haiga venío uno dende la aldea
cavilando la forma de relatárselo
con muchos tiquismiquis, pa que a carrera
dispués se lo arrempuje... tié perendengues...
¡Ná, que metí la pata!... ¡Las aparencias
que le engañan a uno...!

(Transición. Acercándose a ANDREA.*)*

Amos, Andrea;
vaite ya consolando. Me figuraba
que estabas al corriente de tó; dispensa,
fué sin querer, ¡qué corcio!
De toas maneras,
más tarde o más temprano te lo dirían...
pos asín ya lo sabes...

VEORA

¡Sí que la enmiendas!
¡Júy, qué cacho alcornoque!

PUÑO E JIERRO

¡Tú tiés la culpa!

(Entran por el lateral BARTOLO *y* GENOVEVA. *Aquél en mangas de camisa, muy excitado.)*

ESCENA DECIMA

BARTOLO

¿Es verdad lo que ice mi Genoveva,
que han matao a Agustín?

PUÑO E JIERRO

Sí que es verdad, Bartolo; murió en la guerra.

BARTOLO

¿Y lo sabe el compadre?

PUÑO E JIERRO

¡Quia! Si a eso vine
de parte del Concejo, pa que tú fueras
jaciéndole los cargos
y enjaretándole la mala nueva.

BARTOLO

¿Y la cosa se sabe de buena tinta?

PUÑO E JIERRO

¡Si lleva cinco días debajo e tierra!
Lo ice el comandante.

BARTOLO

¡Lástima e mozo!
¡Qué va a ser de esos probes...

(Yendo al lado de ANDREA.)

Chachina, Andrea,
no llores más, sé juerte; Dios lo ha querío,
y El se sabrá sus cosas, mujer; pacencia!
¡No hay más que conformarse!

ANDREA

¡Me lo han matao...
mi Agustín...!

VEORA

Vamos, calla; chiquilla.

GENOVEVA

Déjala.

PUÑO E JIERRO

(A BARTOLO.)

¿Amos pa ancá el compadre?

BARTOLO

Sí, cuando quieras.

(Echándose al hombro la chaquetilla é iniciando el mutis.)

Me se enturbia el sentío con las desgracias,
Puño e Jierro; me ajogo con las tristezas.

PUÑO E JIERRO

¿Pos y yo? Yo me vuelvo tarumba.

(Mutis por el foro.)

ESCENA UNDECIMA

(GENOVEVA, *que acompañó a su marido hasta la puerta, vuelve indignada, encarándose con* LA VEORA.)

GENOVEVA

¡Bueno!
Pues tú dirás ahora de qué manera
pué salvarse la jonra.
¡Ya se queó sin novio... Si se le emplea,
si lo que mal prencipia mal arremata;
si no pué ser! Y aluego, por si no fuera
toavía bastante, como las gentes
de aquí son lenguaronas y noveleras,
y saben que nosotros la recogimos
cuando murió su madre..., dirán: —No es ella
la que tié toa la culpa; la tién sus tíos,
que no la vigilaron. La pobre huérfana,
sin apego ninguno, gustó de amores
y cegó a las relumbres de las querencias.
¡Como hubiá sío su hija,
ya lo hubiá vegilao la Genoveva!...—
¡Ay!... Si el refrán lo ice muy bien: ¡Cría [cuervos
que te saquen los ojos! ¡La mala pécora!...

VEORA

¡Mujer, que está llorando,
bastante tié la probe con lo que pena!

GENOVEVA

La jonra de la casta cayó en el légamo
jediondo, Veora, por culpa de élla;
¿quiés que encima la mime? ¡Bueno estaría!

VEORA

Ya trataremos de eso; hoy tó se arregla.

GENOVEVA

(Viendo que ANDREA *inicia el mutis por el foro.)*

¿Aónde vas tú?

ANDREA

Me voy
a llorar y a rumiar mis tristezas
a la sombra del risco más alto
que corona el canchal de la sierra;
donde los sollozos de los ventisqueros
alivien mis penas.
Les diré mi dolor a los buitres
y al lobo dañino que en la sombra acecha,
y al viento que pasa silbando, y al risco
que clava sus crestas
en la mesma entraña de los nubarrones
cuando en la montaña ruge la tormenta,

Les diré mi dolor sollozando,
y al oírme, quizá les dé pena
y se apiaden de mí. Que no siempre
son malas las fieras,
ni recios los vientos,
ni duras las piedras.

GENOVEVA

Vaite, perigaya;
vaite, mala pécora;
que eres la deshonra de la casta. Vaite;
llévate pa siempre tu dolor a cuestas!
¡Asina nos pagas to lo que jicimos
cuando de tu madre te queaste huérfana!
(Mutis de ANDREA *por el foro.) (A* LA VEORA.)
¿Pero tú estás viendo?
¡Si se va de veras!
Tendré que llamarla. ¿Qué dirá la gente?

(Sale precipitadamente tras ANDREA.)

VEORA

(Pausa breve. Ríe y dice con ironía.)

Sí, sí, ve por ella...
¡Ja, ja, ja..., la gente!...
¿Qué dirá la gente...?
Ni Dios ni el Diablo tienen tanta juerza
como esta pregunta: ¿Qué dirá la gente?
¡Ja, ja, ja...! Su lengua
fué siempre la llave
de toas las concencias...
¡Qué dirá la gente!...

GENOVEVA

(Al entrar, empujando suavemente a su sobrina.)

Entra ya, ingratona.
Que bien te aprovechas
de mi flaco, indina...
Siéntate, y no llores.

(ANDREA *se deja caer en la tarima. Aparte a* LA VEORA.)

¿No habría manera
de salvar la jonra de la casta? Dime,
tú que tó lo arreglas,
¿no tiés un remedio?...

(Aparte, con mucho misterio.)

VEORA

¡Claro!

GENOVEVA

.....

ANDREA

(Escuchando.)

¡Eh...!, ¿qué dicen?

VEORA

.....

ANDREA

(Acercándose a ellas, sin ser vista.)

¡Oh..., qué horror!

GENOVEVA

.....

VEORA

No importa.

GENOVEVA

¿Y si alguien se entera?

ANDREA

¿Qué es lo que tramáis?
¿Pero sois vosotras, las jonrás, las buenas
las que os proponéis matarme a mi hijo
porque no tié padre ya que le defienda?
¡Si aún vive en su madre!... Lo digo mu alto,
su madre, ¡su madre!, que como las fieras,
con uñas y dientes, sabrá defenderle
de cien mil veoras que por él vinieran.
¿Matarme a mi hijo? ¿Por qué?, por la jonra
de una casta que en cambio tolera
la maldad del crimen
con tal de que nadie lo sepa?...
¡Jonra de mentiras,
jonra de apariencias...!

¿Es esa la jonra de nuestros abuelos
que a mí me pintaron desde mu pequeña,
pura, branca y limpia
como una patena?
¿Es esa la jonra de mi casta? ¿Esa,
que tien que bruñirla con sangre inocente
pa que resplandezca?...
Tié mucha más honra quien tras el pecao
agacha la frente, que quien la endereza,
si al enderezarla tié que apuntalarla
con la jonra mesma!
¡Matarme a mi hijo!... ¿Quién ha de matár-
[melo?
A ver, que se atreva.
Aquí está, en su madre.
¡Ya veis, estoy sola; pero a ver, que venga!

(GENOVEVA *y la* VEORA *retroceden.*)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL CANTO SEGUNDO

C A N T O T E R C E R O

LA NOCHE DE SAN JUAN

CANTO TERCERO

LA NOCHE DE SAN JUAN

La misma decoración de los cantos anteriores. Al levantarse el telón aparecerá sola la escena. Inmediatamente después pasarán tras la ventana BARTOLO y FRASCO. Traerá aquél la chaquetilla al hombro y el hacha en la mano; éste, unas alforjas al hombro y en las manos una carta que vendrá leyendo a su padre.

Es el día de la víspera de San Juan, al anochecer.

ESCENA PRIMERA

BARTOLO

(Entrando por el foro seguido de FRASCO.)

¿Qué más dice la carta? Lee de corrio.

FRASCO

Me la sé de memoria. Que está rendío
con el trajín que trae; que bien quisiera
poder ver a su hija; pero en Castuera
tomó ya la contrata d'un alferero
pa portear la leña de la cochura,
y como es un asunto que da dinero,
no es razón que desprecie la coyuntura.
Que cuando llegue el Carmen, como se llama
Carmen el ama,
cerrará sus talleres la alfarería;
y entonces, sin perjuicio de su contrata,
se dará muy gustoso la caminata
saliendo cuando apunte la luz del día.
Que aquí, ya charlaréis. Que si la Andrea
no mejora pa entonces o está peor,
luego la llevaréis pa que la vea
Matusalén, el viejo saludaor.
No dice más la carta. La despedía,
recuerdos y expresiones, como es sabío;
y que ya tié deseos que llegue el día
de charlar con nusotros largo y tendío.

BARTOLO

¡Bien poca cosa dice! Siempre tu tío
fué pa con los parientes un poco frío;
pero... ¡vamos!, tratándose de su Andrea...

(Transición.)

¿Tú crees qu'el mal es grave?

FRASCO

Pué que lo sea.

Yo, la verdad, creía
que al ir pasando el tiempo mejoraría;
pero se va poniendo ca vez peor,
y es caso de concencia ver de curarla
sin contar con su padre. Hay que salvarla
sin pedirle pesetas al tío Melchor.

(Pausa muy breve.)

Yo tengo mis ajorros: sesenta duros
que traje del servicio. Como oro en paño
los guardé pa poderos sacar de apuros
si las cosas se dieran mal algún año.
Gásteselos en élla, gaste sin tasa
que prometo jorrarle más entavía;
que yo no sé decirle lo que me pasa
viéndola como sufre día tras día:
que su agonía, padre, es mi agonía;
que es élla la alegría de nuestra casa.
Que es la ley que la tengo como una estrella
que marcara la ruta de mi destino;
que tropiezo en los canchos de mi camino
porque llevo los ojos puestos en élla.
Hay que salvarla, padre, por caridad.
Llévesela mañana pa la ciudad
y que la cure el méico más competente.
Gástese mis pesetas: ¡qué importa el oro!
Tenga presente
que ca lágrima suya vale un tesoro
y las va derramando constantemente...!

BARTOLO

¿Pero tanto la quieres?

FRASCO

La quiero tanto
que daría cien vidas que yo tuviera
si con ellas pudiera secar su llanto.
Y eso que no me quiere... ¡Si me quisiera...!

BARTOLO

¿Pero es que ya la hablaste?

FRASCO

No me atreví.
Una noche le dije: te voy a hablar
de una cosa mu seria. Se echó a llorar
y me miró de un modo, que comprendí
que quería decirme: Debes callarte.
¡Por piedad, no me obligues a despreciarte!

BARTOLO

Figuraciones tuyas. Corto que eres
pa tratar de amoríos con las mujeres.
No tiés que amilanarte: decídete.

FRASCO

Pues esta mesma noche se lo diré.

BARTOLO

Esta noche no, Frasco, no es ocasión;
que es noche del bendito Señor San Juan,

y andan sueltas las brujas, y os echarán,
si cerráis el noviajo, su maldición.

(Se oye el rumor de gente que se acerca.)

FRASCO

¡Infundios de las gentes!

ESCENA SEGUNDA

(Dichos y DAMIÁN, *el porquero;* LUCAS, *el mayoral;* PUÑO E JIERRO, SILVERIO, *el yegüerizo;* ZAGALES *y* ZAGALAS. *Vestirán todos el traje típico de las grandes fiestas.* DAMIÁN *traerá un rabel y* LUCAS *una vihuela.)*

DAMIÁN

(Desde la puerta.)

¡Ah de la choza!

BARTOLO

¿Quién va?

DAMIÁN

Tos nosotros.

BARTOLO

Pos alante.

DAMIÁN

(Entrando.)

¡A la paz e Dios!

BARTOLO

¡Damián...!

ZAGALES Y ZAGALAS

(Al entrar.)

¡Que mu güenas... Güenas tardes!

LUCAS

(Al entrar.)

¡Ave María...!

FRASCO

¡Tío Lucas...!

PUÑO E JIERRO

(Desde la puerta a los que aun no han entrado.)

¡Chachos! ¿Entráis o no entráis?

(Empujándolos al entrar.)

Amos allá. ¡Tío Bartolo!...
Hola, Frasquillo. ¿Y tu madre?
¿Y l'Andrea, con aquello
del mal d'ojo, cómo va?

FRASCO

Empeorando, Puño e Jierro.

PUÑO E JIERRO

¡Vaya por Dios! No te apures,

ya curará con el tiempo,
¡qué corcio!

(Dirigiéndose a los zagales, que continuarán con BARTOLO *en grupo aparte.)*

Basta e cumplíos.
Oye, Bartolo; queremos
enterarte de un asunto
pa que tú, que tiés más seso
que tos nusotros, nos digas
si hay o no razón.

BARTOLO

¿Qué es ello?

PUÑO E JIERRO

Que te lo diga Damián.

DAMIÁN

¿Yo? Quita allá. Yo no pienso
como tú.

LUCAS

Ni yo.

UN ZAGAL

Ni yo.

SILVERIO

Pos yo sí.

UN ZAGAL

¡Calla!

PUÑO E JIERRO

Pos güeno,
veréis a ver. La cosa está mu clara.
Por mo de la costumbre, tos debemos
encender esta noche candelorios
en la casa del amo. Los más viejos
tocarán el rabel y la vigüela
pa que canten y bailen los más nuevos
al reor de la lumbre.
Se beberá güen vino. Comeremos
pa darnos la jartalga. Y a las doce,
cuando juyan las brujas pal infierno,
tupíos y chisporros, con las mozas debemos
de salir rebuscando mariselvas,
aromas y romeros
pa jacer enramás, que las indinas
quién estar guapetonas.

LUCAS

Güeno, güeno.

UN ZAGAL

Amos al grano, al grano.

SILVERIO

Ejale hablar, que va mu bien.

UN ZAGAL

No quiero.

DAMIÁN

(*A* BARTOLO.)

Es víspera e San Juan, y asín jué siempre
dende que el mundo es mundo.

LUCAS

¡Ya lo veo!

PUÑO E JIERRO

Pero el mundo da güerta, como icen,
y las cosas no están siempre lo mesmo.

BARTOLO

¡Claro que no!

PUÑO E JIERRO

Y hogaño
hay luto en la dejesa, que se ha muerto,
va pa dos meses, Agustín Valdivia,
que era un castúo y un amigo nuestro.

SILVERIO

(A una zagala.)

¡Mu bien, mu bien; ca golpe es un gazapo!

UNA ZAGALA

(A SILVERIO.*)*

¡Tié mu güenos alcances Puño e Jierro!

PUÑO E JIERRO

Bien que hogaño se enciendan las jugueras
pa escarriar las brujas; pero aluego
ná de cante, ni bailes, ni alborotos;
ná de tocar los estrumentos,
ni beber, ni tragar. Los segaores
que jagan lo que quieran, porque a ellos
ni les van ni les vienen estas cosas:
que respinguen cantando el Gerineldo.
Pero asín que se enciendan las jugueras,
deberíamos dir en son de duelo,
nusotros, pa la choza del compadre,
y en dispués que recemos
la oración por el alma del defunto,
ca alondra a su terrón.

SILVERIO

¡Mu bien dispuesto!

BARTOLO

(A DAMIÁN.*)*

No está mal, que digamos, la ocurrencia.

DAMIÁN

¿Pero tú acatas eso?

LUCAS

La costumbre, Bartolo, es la costumbre;
asina fué y asín seguirá siendo.

DAMIÁN

Y asín lo manda el amo,
¿pa qué hablar más?

UN ZAGAL

Escucha, Puño e Jierro:
porque Agustín jiciera un disparate,
dándoselas de hombre, no por eso
vamos a pagar tos.

PUÑO E JIERRO

¡Calla la boca!...
¡Qué más quisieras que tener arrestos
pa jacer otro tanto!

SILVERIO

(*A* UN ZAGAL.)

¡Anda, chúpate esa!

LUCAS

(A PUÑO E JIERRO.*)*

Los que vieron
cómo pasó la cosa,
icen que fué locura; no hubo méritos
pa largarle la crus que le han largao.

PUÑO E JIERRO

(Indignado.)

¿Y el hijo del tío Braulio dice eso...?
¡Ya me las pagará!

(Por AGUSTÍN.*)*

Fué mu valiente;
un hombre de una vez, de cuerpo entero,
con tó lo suyo. Los del tío Braulio
son unas jormiguitas; no hay arrestos
ni corazón bastante pa esas cosas.
La prueba es que tos éllos
mueren arrutaínos en el catre,
suspirando y gimiendo.
Amos a ver si es ésta
la mesma relación que jacen éllos
del sucedío; porque los papeles
lo contaban asín, sin más ni menos.

SILVERIO

(Entusiasmado.)

¡Chachos, callar, callar; veréis qué tío!

PUÑO E JIERRO

¡Cállate tú, Silverio!

(Silencio. Todos le rodean.)

En una posición de la vanguardia,
escarranchá en lo alto de un cabezo
salpicao de canchales y chumberas,
un pelotón de bravos extremeños
mantenían la jonra de la Patria
faltos de municiones y jambrientos.
Los mandaba un teniente, casi un crío,
recién salío del colegio;
duro de voluntá como un jabato,
blando de corazón como un cordero.
No llegaban convoyes; las tormentas
esgalazaron los senderos.
Un enjambre de moros, encendíos
de coraje, cercaban a los nuestros,
que ya se defendían
a machetazo limpio, cuerpo a cuerpo.
Era fuerza morir o aprovechar
la noche oscura pa salir juyendo.
—¿Nos vamos esta noche o nos queamos
dispuestos a morir? Decid: ¿qué hacemos?
—dijo el teniente—. Y tos le contestaron:
—¡Viva España! ¡Castúos extremeños
no juyeron jamás! —¡Bravo!—les respondió
sois españoles. Y en aquel momento,
una bala que entró por un portillo
le desgarró las venas del pescuezo.
Era un atardecer. De vez en cuando
retumbaba el cañón allá a lo lejos.
El sol, rojo de rabia, parecía
un goterón de sangre en lo alto un cerro.
"¡Agua!—pedía el probe—. ¡Agua, hermanos,
un buche de agua, que me muero!..."

¡Nadie tenía agua! Los terrones sedientos
de aquella tierra mísera, empaparon
la que días atrás cayó del cielo.
Tan sólo en un canchal que vigilaban
los contrarios había unos recuéncanos
con agua de aluvión. —"¡Un buche de agua,
hermanos; quiero vivir pa defenderos...!"
—suspiraba el jerío. —"¡Voy por ella!"
—dijo Agustín Valdivia—. Y dicho y jecho;
sin reparar en raya, de dos brincos
se plantó en el canchal de los recuéncanos.
¡Lo que allí sucedió no es pa contao!
Una riña infernal a sangre y fuego;
un ajuyar rabioso de enemigos,
un restallar de jierros,
un rebotar de balas en las peñas,
y un ajuir cobarde de insurrectos ...
¡No es pa contao, no! Volvió Agustín
arrastrándose igual que los escuerzos,
to trinsao y jerío,
con el semblante igual que un nazareno.
Se cuadró, soltó el cántaro...
y jaciendo un esfuerzo...
"Aquí está el agua, mi teniente—dijo—;
usté tié que vivir"... Y cayó muerto.
¡Asín jacen los hombres que son hombres
y tién un corazón dentro del pecho!

SILVERIO

¡Pero mu bien; asina son los hombres!

PUÑO E JIERRO

¡Asín son los castúos extremeños!

BARTOLO

¡Fué mucho más toavía que un valiente!

PUÑO E JIERRO

¡Un corazón de macho fuerte y bueno!

SILVERIO

¡Viva Agustín Valdivia!

TODOS

¡Viva! ¡Viva!

SILVERIO

¡Pos yo en un caso asín jago lo mesmo!

LOS ZAGALES

¡Y yo también!

Y yo.

LUCAS

Oye, Damián.
Me enterneció el relato. ¿Qué jacemos?

DAMIÁN

Dame acá la vigüela.

(Coge la vihuela que le da LUCAS. *Descuelga de sus hombros el rabel y los arroja al suelo.)*

Que se pudran ahí los estrumentos.
Se eschangó la función.

BARTOLO

¡Mu bien, Damián!

FRASCO

(A DAMIÁN.*)*

¡Siquiera por sus padres!

PUÑO E JIERRO

Y ahora mesmo
¡jale!, tos pa ancá el amo,
pa dale enteraciones del acuerdo.
Amos allá, que es tarde.

(empujándolos a todos.)

ZAGALES Y ZAGALAS

¡Amos..., amos!

BARTOLO

(A su hijo.)

Amos nosotros dos también con éllos.

(Van saliendo todos, quedándose rezagados SILVERIO *y* UN ZAGAL.*)*

SILVERIO

(A UN ZAGAL.*)*

T'eschangaron, tragón, porque esta noche
va a criar telarañas tu galguero.

(Empujándole.)

Anda y no te relambies...

UN ZAGAL

¡A ver si no arrempujas; tate quieto...!

(Mutis.)

ESCENA TERCERA

(Queda la escena sola unos instantes. Inmediatamente después entran por el lateral ANDREA *y* GENOVEVA.*)*

ANDREA

(Al entrar. Suspirando.)

¡Dos meses, día tras día,
con la mesma relación,
amargando mi agonía!...

GENOVEVA

¡Por qué tiés un corazón
de piedra de cantería!

(Pausa breve.)

Hoy tié que ser lo que sea,
porque mañana se va
la Veora pa la aldea.
De modo que tú verás
cómo te portas ahora
con nosotros. La Veora
está en la choza el Lobero
con to mu bien prevenío,
pa poder como es debío
salir del atollaero.
¿Qué, la llamo?

ANDREA

(Enérgica.)

No. Prefiero
que caiga la maldición
de la casta sobre mí,
y que me aventéis de aquí
pa siempre, sin compasión,
y me jieran las cizañas
de las gentes del lugar,
mucho antes que matar
al hijo de mis entrañas.

GENOVEVA

(Indignada.)

¡Pelgarota, descastá!
¿Es que no tiés caridá
de nosotros? ¿Quiés matarnos
a juerza e berrinches? Dí:

¿es que así vas a pagarnos
lo que jicimos por ti?

(Llora.)

ANDREA

Si no puedo. Si hay en mí
algo más fuerte que yo,
repitiéndome a ca instante...
"¡ten valor, alante, alante,
que tu hijo está ante tó!"

GENOVEVA

(Santiguándose.)

¡El Diablo—Ave María
Purísima—tié que ser!

ANDREA

¡No puedo...! No llore usté:
yo no soy mala. Me iré
donde no sepan de mí,
y ni juella dejaré
de mi paso por aquí.
Y como pronto se olvida
lo que ni rastro dejó,
será en sus vidas mi vida
una sombra que pasó.

GENOVEVA

(Acariciándola, dispuesta a sacar partido de la situación.)

¡Probe...! ¿Qué sería de ti
tan consentía y mimá?

Jaste tú caso de mí.
Tú eres buena y bien nacía,
y de guapa no hay que hablar,
ya ves si pués encontrar
otro querer entoavía,
que te jiciera feliz.

ANDREA

¡Qué cosas dice...; matar
a mi hijo y olvidar
a mi Agustín pa poder
luego vivir y triunfar...!
¡No soy tan mala mujer!
La que soñó iluminar
las tinieblas de un hogar
con las llamas de un querer,
si no lo puede lograr,
ya no vuelve a ser dichosa.
Yo no soy la mariposa
que vuela de flor en flor
sin llevar un rumbo fijo.
Mi amor está en mi dolor,
que mi dolor será amor
en la sonrisa de mi hijo.

GENOVEVA

¡Cómo se ve que toavía
no has prencipiao a vivir!
¿Tú crees que va a sonreír
ese hijo tuyo algún día?
¡Desdichá! ¿Naide te dijo

que las deudas de los padres
las tié que pagar el hijo?
Tú le pediste al placer
favores anticipaos
que tién que ser liquidaos
por tu hijo. Y has de ver
cómo el infeliz un día,
llorando, ha de preguntar:
¿por qué me jacen pagar
una deuda que no es mía?
Y renegará de ti.

ANDREA

¡Calle osté, por Dios!

GENOVEVA

Sí, sí,
y te habrá de aborrecer;
y jarto ya de sufrir
ha de decirte... mujer...
¿por qué me distes el ser
sabiendo que iba a venir
a llorar y a padecer?

ANDREA

¡Por caridá!

GENOVEVA

Aún es hora
de remediar el tormento

que le aguarda. ¡En un momento
lo arregla tó la Veora!
Voy por élla.

(Inicia el mutis.)

ANDREA

(Rápida y enérgica. Sujetándola.)

¡No; eso no!
¡Es mi hijo
y es Dios quien me lo ha mandao!

GENOVEVA

(Con desprecio.)

¡Es hijo de tu pecao!

ANDREA

(Con sublime amor.)

¡Pero es mi hijo!... ¡Es mi hijo!

(Pausa.)

GENOVEVA

Piensa en lo que vas a hacer
porque es mu mala la gente.

(Pausa.)

Hay un caso mu reciente
que voy a darte a saber,
porque le pué suceder
a tu hijo mesmamente.

(Sentándose a su lado.)

Dominga, la que murió
no jace mucho, sabrás
que tuvo un hijo, Tomás,
del novio que la burló.
Asín que lo recibió
en sus brazos la comadre,
de seguía le espetó:
"¡Probecillo; no tiés padre!"
Y llegaron los parientes
y dijeron ¡probecillo!,
y de seguía las gentes
repitieron ¡probecillo!
Y en el alma del chiquillo
fué cayendo gota a gota
la jiel de la vida rota
que empapaba el estribillo:
¡probecillo!

ANDREA

(Conmovida.)

¡¡Probecillo!!

GENOVEVA

Vivió el chiquillo amargao,
escarnecío y jollao
por las gentes del lugar,
como mata de romero
que se atreviera a brotar
en el bache de un sendero.
Llegó a ser hombre, y un día,
un día de romería,

llevaba en la procesión
un varal de la Patrona.
De pronto dió un resbalón,
y de la Virgen María
cayó al suelo la corona
de diamantes que lucía.
¡Qué de cosas le dijeron!
¡Cómo le zarandearon!
Los mozos le ajurrearon,
las mozas se le riyeron...
Y un fornío jaquetón,
fachendoso y bravucón,
a quien el pueblo temía,
por jundirle más toavía
le dijo sin vacilar...
—¡Del hijo de una perdía,
qué se podía esperar!—

ANDREA

¡Oh, qué mal hombre, qué cruel!

GENOVEVA

Oyó Tomás el ultraje,
cegó, rabió de coraje,
y arremetió contra él
como un jabalín jerío...
Y el fornío jaquetón
quedó en el suelo tendío
con un cuchillo jundío
en metá del corazón.

ANDREA

¡Calle, qué horror!

GENOVEVA

Le prendieron,
le juzgaron,
los jueces le condenaron
y en presiyo le metieron,
y allí siempre tié que estar...
Y las gentes del lugar
siguen diciendo toavía...
¡Del hijo de una perdía...,
qué se podía esperar!

ANDREA

¡Dios mío!...

GENOVEVA

(Levantándose muy satisfecha de su triunfo.)

¡Sí, llora, llora!
Pero tú verás ahora
la solución que has de dar.
Discurre un poco y cabila...
Yo voy a por la Veora,
porque yo quiero quear
con mi concencia tranquila.

(Sale por el foro, volviéndose para observar a ANDREA, *que estará llorando, echada de bruces sobre la mesa.)*

ESCENA CUARTA

ANDREA

(Tras una breve pausa.)

¡No, no; si Dios es bueno;
si no es posible que consienta
tanta crueldá...!

(Levantándose.)

¡Quedarme sin mi hijo...!
Eso nunca, qué horror...!

(Iniciando el mutis tras de su tía.)

¡Tía Genoveva!

ESCENA QUINTA

(Al llegar al umbral de la puerta del foro, casi tropieza con FRASCO, *que entra.)*

ANDREA

¡Ah, Frasco, tú...!

FRASCO

¿Qué te sucede?
¿Adónde ibas tan depriesa?

ANDREA

Es que... salió tu madre... quedé sola;
como es noche de brujas...

FRASCO

¡Bah! No temas.
Las brujas son embustes de las gentes;
mentiras que se inventan
buscando la razón de muchas cosas
que no puén explicarse.

ANDREA

¡No lo creas;
hay brujas de verdad!

FRASCO

¡Quiá! Si tiés miedo,
yo te daré compaña.

(Breve pausa, durante la cual FRASCO *cuelga en un clavo su chaquetilla y* ANDREA *se sienta.)*

Oye, Andrea:
quería que charlásemos un rato
de una cuestión mu seria.

(Transición.)

¿Quiés que encienda el candil? Va oscure-
[ciendo.

ANDREA

Asín estamos bien. Dí lo que quieras.

FRASCO

(Sentándose a su lado.)

Pos verás... Yo soy hombre
de mu pocas palabras. Las querencias
me gusta de rumiarlas poco a poco.
No me se va la fuerza
por la boca, ni mucho menos...

(Pausa muy breve.)

Pero pa mí que ya es razón que sepas
que estoy enamorao.

ANDREA

¡Ah..., sí; de Mariquilla!

FRASCO

No, no es de élla.
Yo estoy enamorao
de una mujer hermosa, fuerte, recia;
una mujer de corazón de lumbre
capaz de odiar y de querer con fuerza.
Y esa mujer asín..., pués figurártelo...
Esa mujer asín..., eres tú, Andrea.

ANDREA

(Sorprendida.)

¿Yo...?

FRASCO

Tú. Dende la hora
que plantastes los pies en estas tierras
quedé prendao de tí pa siempre.

ANDREA

¡Frasco!...

FRASCO

Y es tan firme, tan jonda es mi querencia.
que te pueo jurar que naide, naide,
ha llegao a quererte tan de veras.

ANDREA

¡Pero Frasco, si nunca
me demostraste ná!

FRASCO

¡Si estabas ciega
por el otro... pa qué? Yo soy muy hombre
pa sufrir y callar cuando se tercia:
bien que lo saben tós.

ANDREA

Tiés que olvidarme,
yo no puedo quererte... ¡Me da pena
que haigas sufrío, Frasco!

FRASCO

Si he sufrío,
no consiento que tú me compadezcas;
tiés que odiarme o quererme.
(Transición.)
Oye: el día
en que tú me mandastes a la aldea

pa saber d'Agustín, pos aquel día
pude mejor que nunca darme cuenta
de este querer rabioso
que alborotó la sangre de mis venas.
Me fuí diendo pa allá to esmorecío
de dolor, de coraje y de vergüenza.
Era una maldición ca flor que vía;
un bofetón ca nío de oropéndola
que arrullando de amor se columpiaba
prendío de un garrancho de charneca.
To era negro pa mí, como la noche
preñá por el rencor de la tormenta...
Y llegué. Y al decirme que había muerto,
barrunté la alegría de la bestia
que ve romperse el yugo
que al jierro del trabajo la sujeta.
Ya era tó diferente: el sol, las flores,
los pájaros, los cielos y la tierra.
Ya era tó diferente... Tó reía
drento de mí con una risa nueva.
Y era en la muerte del mejor amigo
donde tomaban vida mis querencias...!
Pero un amor asín no para en barras.
Un querer de verdad, tó lo atropella.
Pués odiarme o quererme...,
pero, ¡por Cristo!, no me compadezcas.

ANDREA

¿Odiarte yo..., por qué? Si yo comprendo
que el amor tié que ser de esa manera.

FRASCO

Pos asín es el mío,
desbocao ante ti: tó lumbre y fuerza.
¡Júy..., qué hermosa que eres...!
¡Déjame que te mire y que te quiera!

ANDREA

(Rechazándole suavemente.)

No, Frasco, no. ¡Si yo no puedo
querer a nadie ya! No te consientas.

FRASCO

¿Que tú no pués querer a nadie ya...?
¿Por qué?

ANDREA

¿Pero no sabes..., no sospechas...?

FRASCO

¿El qué?

ANDREA

(Sollozando.)

¡Dios mío...,
otra desgracia más!

FRASCO

¡Mujer..., Andrea!
¿Qué te sucede, por qué lloras...
Es desgracia pa ti que yo te quiera?

ANDREA

Olvídame pa siempre.
Pon en otra mujer esa querencia
que fraguaste pa mí. La Mariquilla
te quiere de verdad; vaite con élla.

FRASCO

No, no; tiés que ser tú.
No hay más mujer que tú en el mundo, An-
[drea.

ANDREA

Yo no puedo..., no puedo...
Yo soy muy desgraciá... ¡Si tú supieras!...

FRASCO

¿Pero el qué; dilo pronto,
no me atormentes..., qué desgracia es ésa?

ANDREA

(Pausa. A media voz. Bajando la cabeza.)

El querer me cegó; manché la jonra
de nuestra casta, Frasco; no fuí buena.

FRASCO

(Indignado.)

¿Pero aquel criminal te jizo suya?...
¿Tú de Agustín...? No agaches la cabeza;
dime que no, que no, que fué mentira,
que tú eres mu jonrá... ¿No me contestas...?

¡Júy..., qué dolor más jondo!...
¡Qué puñalá más traicionera!...
¡Y no poder jundirle mi navaja
en metá el corazón!... ¡Maldita sea...!

(GENOVEVA *y* LA VEORA *pasan cuchicheando tras la ventana.* ANDREA *las oye, alza la cabeza y dice a* FRASCO.)

ANDREA

Calla; tu madre viene, disimula.

(Se dirige a la chimenea e intenta encender el candil.)

FRASCO

(Aparte.)

¡Nos ha jundío a tós... Se burló de élla!
¡Por algo me alegré que le mataran
sin notar escozor en la concencia...!

ESCENA SEXTA

(GENOVEVA *y* LA VEORA *se detienen un momento en la puerta del foro, conversando.* ANDREA *intenta encender el candil.* FRASCO *continúa rumiando su dolor. Traerá* LA VEORA *un envoltorio bajo el brazo.)*

GENOVEVA

La jice los cargos como me dijiste,
y cedió una miaja;
pero deseguía se plantó en sus trece.

VEORA

¡Es bragá con alma!

GENOVEVA

Gracias a la historia que tú me enseñaste,
si no, no hay manera de poder salvarla.

VEORA

¿Aquella del crimen de Tomás?

GENOVEVA

La mesma.

VEORA

Esa es una historia que nunca me falla.

GENOVEVA

(Entrando.)

¡Jesús, qué tinieblas!
¿Onde estás metía?

ANDREA

(Desde la chimenea.)

Aquí estoy.

FRASCO

¿Qué pasa?

GENOVEVA

(Sorprendida.)

¡Eh!..., ¿tú aquí?

VEORA

(Maliciosa.)

¡Diantre!

GENOVEVA

¿Y aquí qué jacéis a oscuras?

FRASCO

(Malhumorado.)

De charla.

VEORA

Mujer, ¡vaya un golpe!
¿Qué quedrás que hagan?...

(Aparte. Transición.)

¿Dónde pongo esto?

GENOVEVA

Ahí dentro, en el arca.

(Mutis de la VEORA *por el lateral.)*

ANDREA

(Acercándose a su tía con el candil en la mano, ya encendido.)

Me dejó usté sola...,
llegó Frasco... y quise que me acompañara.

GENOVEVA

Está bien.

(A su hijo, con intención.)

Pués dirte,
que ya tié compaña.

FRASCO

Güeno.

(Iniciando el mutis con lentitud, volviendo la cabeza receloso. Entra en escena LA VEORA *por el lateral.)*

VEORA

(Qué habrá ocultado en el arca su envoltorio. Aparte a FRASCO, *que estará en la puerta del foro.)*

Vé tranquilo. Yo no os vide juntos
a oscuras.

FRASCO

¿Qué dice?

VEORA

Que yo..., ni palabra.

FRASCO

(Indignado.)

Pero usté, Veora, ¿qué se ha figurao?

ANDREA

(Que aparte con su tía habrá seguido mostrando por gestos y ademanes su resistencia. A FRASCO.)

Frasco, no te vayas.
Por lo que más quieras, escúchame, Frasco.
Quiero ya contarte tó lo que me pasa.

GENOVEVA

¡So repijotera!
¿Delante de un mozo vas a dar la cara
contando tú mesma tu deshonra?

FRASCO

¡Madre:
que está en nuestra casa,
y bajo este techo tó ha de estar sagrao!
¡Aquí, ni usté, madre, se atreva a insultarla!

GENOVEVA

¡Manchó nuestra jonra!

VEORA

(A GENOVEVA.)

Tié razón tu hijo.

FRASCO

(A LA VEORA, *enérgico.)*

Usté, aquí, se calla.

(A su prima, con aplomo.)

¿Hay más entavía?...
Aún me quean fuerzas pa escucharte: habla.

ANDREA

¡Es que...!

GENOVEVA

(Rápida.)

¿Quiés callarte?

(A su hijo.)

Tú vaite a lo tuyo,
que naide te manda
meterte en asuntos de mujeres.

FRASCO

(Comprendiendo.)

¡Cómo!
¿Pero tú... Vosotras...?

ANDREA

¡Por la Virgen Santa;
piedad pa mi hijo.
Por caridad, Frasco; siquiera por lástima!

GENOVEVA

(A su hijo. Escandalizada.)

Ya ves... ¡Qué vergüenza!

VEORA

(Aparte.)

¡Júy..., qué retunanta!

FRASCO

(Que viene sosteniendo una gran lucha interior, en un arranque de indignación, cogiendo a LA VEORA *por un brazo y zarandeándola.)*

¡Pero usté quería jacer eso!

VEORA

(Con naturalidad.)

Hombre,
yo soy estrumento de tó el que me manda.

GENOVEVA

(Rápida.)

¡Pa salvar la jonra...!

FRASCO

¿Y asín pretendían salvarla?...

(Pausa breve. Vacila un instante; pero dominado por el llanto de su prima, se acerca a ella y le dice muy enérgico):

No llores, Andrea.
Vivirá tu hijo. Te doy mi palabra.

VEORA

(Aparte.)

¡Ya me las temía!

ANDREA

¡Gracias, Frasco, gracias!

GENOVEVA

(A su hijo.)

Piensa lo que jases, que semos jonraos.

FRASCO

¡Los que son jonraos de verdad, no matan!

ANDREA

(Yendo otra vez al lado de su primo.)

¡Ay, qué bueno eres!

FRASCO

(A su prima. GENOVEVA *y* LA VEORA, *en grupo aparte, comentan en voz baja la actitud de* FRASCO.)

¡Si yo no soy güeno;
si yo bien quisiera jacerle miajas
al hijo del hombre que te ha deshonrao...
Pero es que no pueo... Las fuerzas me fallan
porque es también tuyo; tié tu sangre...
Y a mí, pa quererle, con eso me basta!
Ya ves..., yo no soy.
Yo, no. Tú, tú mesma eres quien le salva.

GENOVEVA

(Sorprendida.)

¡Hijo...!

VEORA

(Aparte a GENOVEVA.*)*

¡Le ha embrujao!

GENOVEVA

¡Hijo de mi alma!

VEORA

¡Hechizos de amores...!

GENOVEVA

¡Dañina, dañina... Si es mala, mu mala!

VEORA

¡Hechizos de amores... y en noche de brujas!

GENOVEVA

¡Sálvale, Veora, tú que eres tan sabia!
Sálvame a mi hijo.

VEORA

¡Ya naide le salva!

GENOVEVA

Sí, yo he de salvarle...
Vaite tú con ésa p'allá dentro, anda.

(La Veora *cogé de un brazo a* Andrea *y se la lleva por el lateral.)*

ESCENA SEPTIMA

GENOVEVA

(Tirando de su hijo hacia el centro de la escena.)

¡Frasco... Frasco..., hijo; escucha.

FRASCO

Sí, madre; la quiero, la quiero:
Es mi vida.

GENOVEVA

¡Calla!
¡Que a un hombre de tu temple
le haiga sorbío el seso
una perdía!... ¡Vamos!,
que éso clama al cielo.

FRASCO

¡Madre!

GENOVEVA

¿Qué te propones?
¿Vas a tirar por tierra la jonra de los nuestros
tú también?

FRASCO

¡Qué me importa
la jonra, si la quiero
con un querer que vale
mucho más que tó eso!
Es mi destino, madre;
güena o mala, la quiero.

GENOVEVA

Te embrujó... ¡Si es bruja!

FRASCO

No diga usté eso.

GENOVEVA

¡Malhaya la hora
que aquí la trujieron!

FRASCO

(Aparte. Iniciando el mutis.)

Me voy por no oírla.
¡No nos entendemos!

GENOVEVA

(Yendo tras él y sujetándole por un brazo.)

Pero vente a razón. ¿Y ese hijo...
que es del otro...? ¿Pa qué más tormento
si la quiés de verdad, que a ca instante
ese hijo te traiga el recuerdo
que tu jembra cayó en otros brazos,
que otro hombre gozó de sus besos,
logró sus caricias,
respiró su aliento...

FRASCO

(Enloquecido.)

¡Madre...! ¡Madre!

GENOVEVA

¿Lo ves?... ¡Ahí te duele!

FRASCO

No ajonde por drento,
que la sangre me nubla los ojos
y la voy a faltar al respeto...
¡Que naide en la vida
me recuerde aquéllo...

(Amenazador.)

porque...

GENOVEVA

(Retrocediendo aterrada.)

¡Frasco..., hijo!

FRASCO

(Dominándose tras de un supremo esfuerzo.)

Perdone usté..., madre. Me cegó el recuerdo...
Ya pasó.

GENOVEVA

¿Ves, hijo?
Te lo estoy diciendo...
Te embrujó; ¡si es bruja!

FRASCO

Me voy allá drento.

GENOVEVA

(Sujetándole.)

Ven aquí. ¿Dónde vas, desdichao?

FRASCO

(Rechazándola.)

Déjeme usté, madre; la quiero..., ¡la quiero!

(Mutis.)

ESCENA OCTAVA

GENOVEVA

(Paseando nerviosa.)

¡Víbora dañina, me embrujaste al hijo;
pero ya veremos
si logras que cargue con ese hijo tuyo!

(Pausa.)

Tengo que salvarle, no hay que perder tiempo.

(Pausa.)

¡Ah..., sí..., ya! ¡Qué idea!
¡Ya está tó resuelto!
¡Yo también soy madre!
Mi hijo, por lo menos,
si se casa con élla algún día,
sabrá agradecérmelo.

(Mutis por el lateral.)

ESCENA NOVENA

ANDREA

(A FRASCO, *entrando por el lateral.)*

¡Quién pudiera jacerte dichoso
pa pagarte to el bien que m'has hecho...!
¡Pero no podría...!

(Con resolución.)

Olvídame, Frasco.
Vé que soy desgraciá. No merezco
un querer tan grande
d'un hombre tan güeno...

FRASCO

La desgracia juchea el cariño;
cuanti más desgraciá, más te quiero.

ANDREA

Frasco, juye de mí. Por mi hijo
soy capaz de engañarte, y no quiero.

FRASCO

La jonra y la vida,
entre dambos a dos le daremos.

ANDREA

¡Calla..., calla, por Dios!... Hoy por hoy
no podría jurar que te quiero...
Acaso algún día...

FRASCO

¿Me quedrás?
Dí que sí.

ANDREA

¡Ya veremos!

FRASCO

¡Me quedrás!... ¡Qué alegría más grande!
¡Júy, cómo te quiero!

(Ya estarán encendidas las hogueras en la colina próxima. Sus resplandores iluminarán la escena. Se oirá, lejana, la canción del Gerineldo, que entonarán a dúo los segadores, al son de rabeles y vihuelas.)

Mira, mira; es San Juan. Las jogueras
al brotar tu querer, s'encendieron.

(Llevándosela cogida por la cintura a la puerta del foro.)

Ven... Escucha... ¡Los mozos cantando!...
Es el Gerineldo...
La canción de "amores".

(ANDREA *llora emocionada.)*

¿Por qué lloras?

ANDREA

¡No sé..., los recuerdos. .!

FRASCO

No recuerdes desdichas d'antaño.
Quema en esas jugueras tó aquello.
Tu vida y mi vida
prencipian de nuevo.

ANDREA

¿Vivirá mi hijo..., y le querrás siempre...?

FRASCO

Te lo juro, Andrea.

ANDREA

¡Si paece un sueño!

(Transición.)

Tiés razón; viviré pa nosotros.
Pero no sé por qué tengo miedo.

FRASCO

¿Miedo tú, y a mi lao...? ¡Qué cosas...!
Miá mis puños; paecen de jierro...
Acurrúcate aquí.

(Estrechándola contra su pecho.)

¡Cómo tiemblas!...
Junto a mí s'estremece tu cuerpo
al igual que los lirios de mayo
cuando sopla el viento.

ANDREA

¡Es noche de brujas!

FRASCO

¡Bah.... no tengas miedo!

ANDREA

¿Tú no ves al brillar los relumbres
unas sombras que danzan, jaciendo

caroñas y guiños extraños?
¿No las ves?... ¡Míralas!...

FRASCO

No las veo.

ANDREA

Mira bien.

FRASCO

Ves visiones.
T'has negao a tomar alimentos,
y el desmayo te nubla los ojos.
Eso tó es endeblez.

ANDREA

¡Será eso!...

FRASCO

¿A que estás en ayunas toavía?

ANDREA

Hoy apenas comí.

FRASCO

¿Lo estás viendo?
Voy por algo, mujer.

ANDREA

No, no vayas.

FRASCO

Un instante ná más; pronto vuelvo.

(Mutis por el lateral.)

ESCENA DECIMA

ANDREA

(Tras breve pausa.)

¡Cuánta fe y cuánto amor!... Sí, me quiere.

... ...

Y le voy a engañar... No le quiero...

(Iniciando el mutis por el foro.)

Sí; será lo mejor.

(Retrocediendo.)

¡Los relumbres!
¡Cómo danzan las brujas!

(Dejándose caer en la tarima.)

¡No puedo!

ESCENA UNDECIMA

(Entra FRASCO *por el lateral batiendo algo en un tazón.)*

FRASCO

(Le entrega el tazón.)

Ten.

ANDREA

Trae; ¡quiero vivir!

(Coge el tazón, agita el contenido con la cuchara y bebe.)

FRASCO

Viviremos
dambos a dos allá en la sierra,
entre jerancios y guaperos,
en una choza como un nío
que entre los dos levantaremos.
¡Cuánta alegría nos aguarda
y cuánto amor!... ¿Verdad?

(ANDREA *hace un gesto extraño al terminar de beber.)*

¿Qué es eso?

ANDREA

(Con naturalidad.)

Se te olvidó de echarle azúcar;
me supo mal.

FRASCO

Eso es lo mesmo.
Dime que pronto has de quererme.
Hay una música en tu acento
que dice más que tus palabras;
más entavía.

ANDREA

Con el tiempo...

FRASCO

Has de quererme más que a naide
y dende entonces viviremos
uno pal otro, y dambos juntos
pa nuestros hijos, pa jacerlos
hombres de bien.
¿Verdad, mi Andrea?...

(ANDREA *ya sonreirá gozosa, ya se llevará las manos al cuello. En su semblante irán apareciendo las huellas de un intenso dolor.* FRASCO, *que la observará, preguntará alarmado):*

¿Qué te pasa?

ANDREA

(Con voz que poco a poco irá apagándose.)

No es ná..., no es ná... Oye: y aluego,
de mozalbetes, que trabajen...
Quiero que sean carboneros
como nosotros... ¡Tós iguales!...

¡Tú has de saber velar por ellos!...
Serán dichosos... ¡Qué alegría!...

(ANDREA *no puede más; se ahoga.* FRASCO, *alarmadísimo, pregunta):*

FRASCO

¿Pero qué tienes?

ANDREA

¡Ay!... No puedo.
No puedo más... Me ahogo, Frasco.
Toa mi sangre es como un fuego
que me devora las entrañas...
Me falta el aire... Me marco...
Danzan las brujas... ¡Agua..., agua!

FRASCO

(Cogiendo rápidamente el tazón y examinando los residuos que dejó ANDREA.)

¿Qué me echaron aquí? ¿Qué es esto?

ANDREA

(Que tambaleándose habrá avanzado unos pasos hacia la cantarera.)

¡Hijo..., mi hijo...!

FRASCO

(Yendo con el tazón hacia la puerta lateral. Llamando.)

¡Madre, madre!

ESCENA DUODECIMA

(Entran GENOVEVA y LA VEORA.)

GENOVEVA

¿Pero qué pasa?

FRASCO

(Mostrando el tazón.)

¿Qué habéis hecho?

GENOVEVA

¿Yo?

VEORA

(Tras rápida ojeada al tazón.)

¡Genoveva!

FRASCO

(Tirando el tazón y cogiendo a LA VEORA *por el cuello.)*

¿Tú, maldita?

GENOVEVA

(Rápida, tirando de ANDREA *hacia la puerta lateral.)*

Vente conmigo pa allá drento.

ANDREA

(Resistiéndose.)

¡No..., no...!

VEORA

(A FRASCO, *que la tendrá cogida del cuello.)*

¡Tu madre... Jué tu madre...!

ANDREA

(Al salir por el lateral, casi arrastrada por su tía)

¡Frasco..., mi hijo...! ¡Ay..., me muero!

ESCENA DECIMOTERCERA

FRASCO

(A LA VEORA, *que de rodillas, continuará defendiéndose.)*

¡Muere, alacrán!

VEORA

Pueo salvártela...

FRASCO

(Soltándola.)

¡Pronto, depriesa!...

VEORA

Voy corriendo.

(Simula echar algo en un tazón que llenará después de agua. Se oye el rumor de gentes que se acercan.)

FRASCO

(Asomándose a la puerta.)

Ya vienen tós p'acá.

VEORA

(Aparte.)

¡Dios santo!

FRASCO

Quedrán entrar aquí un momento...
pos no entrarán.

(Cierra la puerta.)

VEORA

(Mirando de reojo desde la cantarera.)

¡Estoy perdía!...
¡Tié que morirse sin remedio!...
¡Su mesma tía la ha matado!...
¡Jesús!... ¡Jesús!...

FRASCO

(Una vez de haber cerrado la puerta.)

¿Qué?

VEORA

(Dándole el tazón.)

Ya está esto.
Que se lo tome de seguía.
Ten, anda, ves; no pierdas tiempo.

FRASCO

Si no la salvas, esta noche
vas a dormir en el infierno.

(Mutis de FRASCO *por el lateral.)*

ESCENA DECIMOCUARTA

VEORA

(Al verse sola, intenta abrir la puerta que cerró FRASCO, *y al no conseguirlo, va a la ventana, que estará abierta.)*

Sí, por aquí, por la ventana.

(Coge su envoltorio y salta, iniciando el mutis.)

¡Y ahora, a la cueva del murciélago...!

(Mutis por la ventana.)

ESCENA DECIMOQUINTA

(Quedará la escena sola un momento, iluminada por el resplandor de las hogueras. Se oirá claramente la canción de los segadores. Continuará el rumor de los que se acercan. En seguida se escucharán las voces siguientes):

UNA VOZ

¡Brujas!...

OTRA VOZ

¡D'allí; d'encá Bartolo!...

OTRA VOZ

¡Dale a la jonda, Puño e Jierro!

OTRA VOZ

¡Brujas!... ¡Las brujas!

OTRA VOZ

¡Cómo juyen!...

OTRA

¡En el barrancón se jundieron!...

FRASCO

(Apareciendo por el lateral.)

¡Muerta!...

(Fijándose en la ventana.)

¡Juyó por la ventana!...

GENOVEVA

(Que entró por el lateral tras de su hijo.)

¡Virgen Santísima!... ¡Qué he hecho!...

FRASCO

(A su madre.)

¡Ha sío usté quien la ha matao!...
¡Usté!...

GENOVEVA

No quise jacer eso...
¡Sólo librarte de su hijo!...

FRASCO

(Aparte.)

¡Era mi vida y me s'ha muerto!

(En este momento porracean fuertemente la puerta del foro y se oyen las voces siguientes.)

LA VOZ DE BARTOLO

¡Abrir!... ¡Abrir!...

LA VOZ DE PUÑO E JIERRO

¡Jacerla peazos!

VARIAS VOCES

¡Por la ventana saltaremos!

GENOVEVA

(Cayendo de rodillas a los pies de su hijo.)

¡Que soy tu madre, no me pierdas!
¡Hijo!

(Rápido, levantándola.)

¡Levante usté del suelo!

(Abre la puerta.)

ESCENA ULTIMA

(Entran BARTOLO, DAMIÁN, LUCAS, PUÑO E JIERRO *y* SILVERIO. *Algunos zagales saltan por la ventana, otros quedan en la puerta con hachas encendidas, acompañando a las mozas.)*

BARTOLO

¿Qué pasa aquí?

FRASCO

(Señalando al lateral, donde se supone estará el cuerpo de ANDREA.*)*

¡L'Andrea..., muerta!...

¡Yo, yo la vi; las brujas fueron!

BARTOLO

(Yendo hacia el lateral.)

¡Probe!...

LUCAS Y DAMIÁN

(A un tiempo.)

¡La probe!...

(Siguen a BARTOLO.)

GENOVEVA

(Abrazándose a su hijo.)

¡Hijo!...

FRASCO

(Reclinando la cabeza en el hombro de su madre, sin abrazarla, llorando.)

¡Madre!...

PUÑO E JIERRO

(Aparte. Siguiendo a LUCAS *y a* DAMIÁN.)

¡Hay que jacer un escarmiento!

(Comienza a descender el telón.)

SILVERIO

(A ZAGALES *y a* ZAGALAS, *que continuarán en la puerta.)*

¡Han matao a la Andrea las brujas!

VARIOS ZAGALES

Tos las vimos juír pal infierno.

ZAGALA 1.ª

(Por FRASCO *y* GENOVEVA, *que continuarán abrazados, llorando.)*

¡Y estos probes!...

SILVERIO

(Rápido.)

Que están embrujaos.
No arrimarse.

ZAGALA 2.ª

¡Qué espanto!

ZAGALA 3.ª

¡Qué miedo!

T E L Ó N

FIN DEL POEMA

Juicios críticos sobre el estreno de

"LAS BRUJAS", de Luis Chamizo

A. B. C. (11 octubre 1930):

Estamos en el teatro Avenida.

Se estrena el drama «Lás brujas». Su autor es el poeta extremeño Luis Chamizo, ya ventajosamente revelado en su notable libro de poesías «El miajón de los castúos», impregnado del ambiente natal de su tierra, folklorista expresión de un pueblo.

Luis Chamizo se nos presenta ahorà como dramaturgo, y este su prime rcontacto con .el teatro no ha podido ser para él más favorable. Su drama «Las brujas» logró un éxito rotundo.

Drama rural es éste que parece influenciado por el signo inhumano, áspero y sombrío de là fuerte dramaturgia siciliana. Actúan en él como imperativos factores las malas artes de la superstición y del embrujamiento. Obran sobre la protagonista, que defiende a dentelladas el tesoro maternal que guarda con infinito amor en su regazo.

Ella se alza clamante y fiera contra las que pretenden, para salvar su honra, destruir la huella de su

pecado. Acorralada y perseguida como una alimaña, es en vano su lucha. Inútilmente se debate Andrea contra los arraigados prejuicios, vieja carroña de hechicería y embrujamientos que la rodean en apretado cerco. Finalmente la obra implacable de aquellas mujeres se realiza, y Andrea muere.

Tal es, en esquema, el drama de Luis Chamizo, al que podrá objetársele su vieja estructura, pero no su saliente garra de teatro y su vigor dramático. Pruébalo los repetidos aplausos del auditorio, al que llegaba en todo su arrebato la exasperación trágica de la protagonista.

El drama, salvo algunos líricos momentos que el autor no ha podido reprimir, está verificado con propiedad, se acomoda al tono de sus rústicos personajes. El verso, limpio y sonoro, especialmente el romance, ritmo que predomina, fluye con fácil verbo y tiene gustoso sabor.

El autor recogió desde la escena los entusiastas aplausos que le fueron dedicados, tan enardecidos —dicho sea en su elogio—, que no parecía que la obra se estrenaba en el teatro Avenida, sino en la Casa de Extremadura.—*Floridor.*

INFORMACIONES (11 octubre 1930):

Es Luis Chamizo un poeta campesino; en sus versos se respira el aroma de las flores silvestres.

Con su obra nos venía anoche desde el escenario del teatro Avenida una ráfaga de aire puro, de ambiente sano, que oreaba los pulmones. Era para nosotros el ambiente, aún más que la intriga, emocionante y nuevo. El campo, el pueblo, se nos elevaron como protagonistas sobre los de la fábula, y atado a ellos quedó nuestro interés.

Es un drama hondo en que las peripecias patéticas que le dan vida y posibilidad escénica destacan como causa a la fatalidad, que así son la ignorancia y el fanatismo y llevan al crimen como fuerzas incontrastables.

Como dramaturgo, el Sr. Chamizo—al que ya se conocía como poeta— tiene en su obra evidentísimos aciertos: de ellos es a nuestro juicio, el más elevado el fin del segundo acto. La actitud, el arranque de fiera, la exaltación del instinto maternal, la verdadera doctrina sobre la honra de aquella mujer que defiende la vida del hijo que ha de nacer contra los que quieren cometer un crimen para ocultar su pecado.—*José de la Cueva.*

EL DEBATE (11 octubre 1930):

Luis Chamizo, el poeta extremeño, ha puesto como base de la obra sus versos limpios, flexibles, sonoros, saturados de amor al campo, llenos de imágenes, de gracia, de fragancia campesina, que suenan a gloria tras tanto escuchar fríos, retorcidos y quintaesenciados conceptos al uso.

Ha puesto más: una pintura sobria de tipos, una evocación profunda de ambiente, físico y moral, en el que los miedos de la superstición ponen una nota sombría. El ambiente que explica el drama, en el que el honor es también miedo al qué dirán, que ofusca hasta llevar en la aberración de defenderlo por el crimen. De estas realidades de tipos y de ambiente surge, como sucede siempre en el teatro, el acierto de acción, que culmina en escenas tan bellas, tan sobrias, tan naturales y de tanto efecto como la del conjuro y la enérgica y vibrante en que Andrea defiende la vida de su hijo. Son los momentos cumbres de la obra, que permiten pensar en Chamizo como en un posible gran dramaturgo.

Es obra cruda, dura, fuerte, no visible para todo el mundo; pero de moral sana; después del pecado, el dolor y el arrepentimiento, y a velar como

madre por la nueva vida; la superstición se combate en nombre de la religión, y un hijo herido en el centro del alma defiende a la madre que lo hirió.—*Jorge de la Cueva.*

LA NACION (11 octubre 1930):

Don Luis Chamizo, joven poeta extremeño que hubo de darse a conocer hace pocos años merced a una serie de composiciones regionales agrupadas bajo el rótulo de «El miajón de los castúos», ha hecho sus primeras armas en el teatro con este poema dramático que titula «Las brujas».

En tal obra, con arreglo a su título, el autor pretendía fijar esa atmósfera de supersticiones y terrores en la que suelen agitarse estremecidas las almas de los campesinos, decidido a proyectarla como un viento de fatalidad sobre el curso de los acontecimientos. Y hay que reconocer que el propósito se cumplía, ya que tales preocupaciones aparecían reflejadas hábilmente en la realidad, mientras el miedo al juicio posible de las gentes acusaba la presencia de un coro invisible dotado de una fuerza igualmente incontrarrestable.

Se comprenderá por lo expuesto el rumbo trágico adoptado por el poema de D. Luis Chamizo y su total

apartamiento de los tópicos de cierta clase de drama rural, sobradamente conocida. Y si bien es cierto que no deja de percibirse la artificiosa disposición de los factores, siquiera dé por resultado una construcción equilibrada y sobria, ello queda olvidado bien pronto, en gracia del brío dramático de la acción, de los sentimientos. De ahí que llegase por entero a la sala la enérgica protesta maternal de la heroína, cuando las negras artes de una saludadora perspicaz y complaciente se disponen a matar en las propias entrañas de la triste el fruto de su deshonor, y que obtuviera la precisa resonancia en el auditorio la generosa pasión de un hombre pronto à olvidar el pasado y a evitar a toda costa el crimen que se pretende; generosidad inútil, desde luego, pues él mismo es el encargado de ofrecer inconscientemente a la amada la droga infernal que ha de matarla. Y es que no en vano, según se nos dice, àndan sueltas las brujas junto a las hogueras de aquella triste noche de San Juan...

Final que, subrayado por el terror de mozas y mozos ante los embrujados que rodean a la muerta, viene a establecer definitivamente las àspiraciones trágicas del poeta. Este, desde luego, atendía especialmente al hecho dramático, siendo escasas y justas en el instante de surgir las motivaciones líricas, en tanto que el verso, dotàdo de una gran variedad métrica y de una grata musicalidad, servía fielmente las características del trabajo.

Una felicísima iniciación teatral, en suma, que el público saludó con ovaciones entusiastas al final de los actos y en el transcurso de la representación, lo que obligó al Sr. Chamizo a salir incontables veces, en unión de sus intérpretes.—*José Alsina.*

EL LIBERAL (11 octubre 1930):

«Las brujas» crece, toma forma, cobra color e impone silencio.

—Un tema viejo—murmura un espectador.

Cierto. Pero ésta es la virtud del teatro. Hacer con los temas viejos sinfonías de hoy. Luis Chamizo, el autor, hombre de campo, mas vestido con la estética ciudadàna, no ha querido renovar nada, sino escribir un buen drama rural. Y lo ha escrito.

A Luis Chamizo le interesaba dar un golpe en Madrid para que los severos juzgadores de las noches de estreno le viesen la cara. Desde ahora es un autor celebrado, porque el éxito de su drama ha sido acaso el más brillante de la actual temporada.

La facturà del drama resulta intensamente teatral. Se advierte en el autor la preocupación del público, mas sin latiguillos ni efectos de mala ley. Limpia la frase, vibrante el concepto, acerada la intención. El

final del segundo acto, aquella briosa defensa del hijo que se agita en las entrañas de la moza, es un acierto de gran hombre de teatro. El retrato de la bruja, antes de que el público se haya encarado con ella, es un acierto de buen poeta. La terminación del drama, un remate literario, que aunque pierde en humanidad gana en belleza.—*Arturo Mori.*

LA LIBERTAD (11 octubre 1930):

Sabíamos que Luis Chamizo es un poeta de clara personalidad, acreditada en la lírica con muy bellas e inspiradas composiciones. El éxito de su libro «El miajón de los castúos» nos lo reveló además como gran poeta popular extremeño, sin que lo regional desvirtuará en él lo profundamente humano—y por ende universal—de sus poemas.

Hoy Luis Chamizo se nos aparece también como dramaturgo, y en realidad puede dársele plenamente la bienvenida al teatro, al que llega con dotes nada vulgares por lo que hace a la especialidad de la técnica y con una fina y vibrante sensibilidad artística.

Este bello poema de «Las brujas», poema de amor y de dolor», desarrollado en un medio popular de la Extremadura campesina, tiene, además de su encanto

poético, un profundo interés dramático, y a vuelta de algunas inexperiencias harto evidentes, pero fácilmente corregibles—tal la profusión de parlamentos y tiradas meramente descriptivas, que remansan la acción con demasiada frecuencia—está lleno de aciertos y de rasgos no sólo bellos y expdesivos, sino perfectamente teatrales.

Los principales personajes están bien caracterizados y dibujados con trazo claro y firme. El ambiente, sugerido con sobria exactitud. Las situaciones, valientemente abordadas. El lenguaje, en general, es propio, y la versificación, siempre rica, fluente y fácil, sin desentonos, ripios, ni caídas.

Así, el éxito fué, del principio al fin, claro, rotundo y entusiasta. El autor, aplaudido muchas veces en medio de los actos, hubo de salir a escena a la terminación de cada uno de ellos entre grandes y prolongadas ovaciones.—*M. M.*

EL IMPARCIAL (11 octubre 1930):

¡Qué ocasión más propicia para desarrollar un largo proemio de erudición fácil a propósito del teatro poético, de su raigambre en nuestros clásicos y de su condensación en los románticos, enaltecida con la flo-

ración maravillosa del duque de Rivas, Zorrilla y García Gutiérrez!

Pero ni debo olvidar mi condición modesta de gacetillero teatral, que me aleja, imperiosa, de cuanto disminuya el interés concreto de la información periodística, ni lo acomodaticio y vulnerable de semejanzas y comparaciones más o menos arbitrarias.

La obra de D. Luis Chamizo—poema dramático la titula su autor—es, lisa y llanamente clasificada, un acertado intento de drama romántico, construído sobre elementos de ruralismo convencional, pero llevado a cabo con emoción teatral de buen gusto, casi siempre, pulso firme y conocimiento poco vulgar del arte de producir en el público la vibración entusaista afirmadora del éxito clamoroso.

Tal fué, por lo menos anoche, el resultado obtenido desde las primeras escenas del drama hasta el final.

Acaso no sería tarea difícil—aunque antipática frente a un éxito tan rotundo—encontrar debajo de la piel de algún personaje dominante armadura de cartón en vez de osamenta humana, ni descubrir defectuosas trazas en el desarrollo episódico; pero todo ello—grato es consignarlo—va cubierto por la opulenta versificación del diálogo, por la certidumbre de vencer las situaciones más ásperas y por el suave ambiente de poesía que envuelve determinados momentos de la obra.

Don Luis Chamizo es un poeta de vigoroso temperamento, a quien esperan felices días triunfales en el teatro. Anoche fué llamado al proscenio repetidas veces durante la representación, interrumpida por clamoroso aplauso.—*Luis París.*

LA EPOCA (11 octubre 1930):

El naturalismo, hijo del romanticismo, sigue dando fruto en los escenarios españoles. «Las brujas», de Luis Chamizo, es un drama naturalista con toques románticos.

Tiene de naturalista el medio rural de un pueblo de Extremadura, donde se desenvuelve; lo fuerte y atrevido de las situaciones; lo recio de los tipos aldeanos y el valor que demuestra el dramaturgo al sostener un acto entero y las escenas finales del anterior con un tema desagradable de suyo, para llevarlo con toda la dignidad posible y cohonestado con la belleza de los versos y lo noble de dos almas.

Los toques románticos están en el amor profundo y honrado de Frasco a Andrea; en la resignación de aquél durante el primer acto al saberla novia de Agustín; en los rugidos de leona de la muchacha cuando la propia madre de Frasco, auxiliada por la «Veora», tratan de hacerla injerir la pócima; en la equivoca-

ción de Frasco, que no sospecha la traición de su madre y al dar a su amada un poco de alimento para templar sus nervios y confortar su ánimo le da mezclado en la taza el bebedizo fatal. Otros elementos románticos residen en el perdón de las faltas, en la ternura del mozo enamorado, en la parte principal que toman allí las supersticiones populares, en la escena del conjuro, en la distinción absoluta de los caracteres: los sanos y nobles, de un lado; los torcidos (en este caso por error), del otro. Vestidura romántica es, asimismo, el lenguaje poético, que avalora el drama con cadencias e imágenes de positivo valor, sin que el poeta se aparte un momento del medio rural de Extremadura, en que ha situado la acción de su obra.

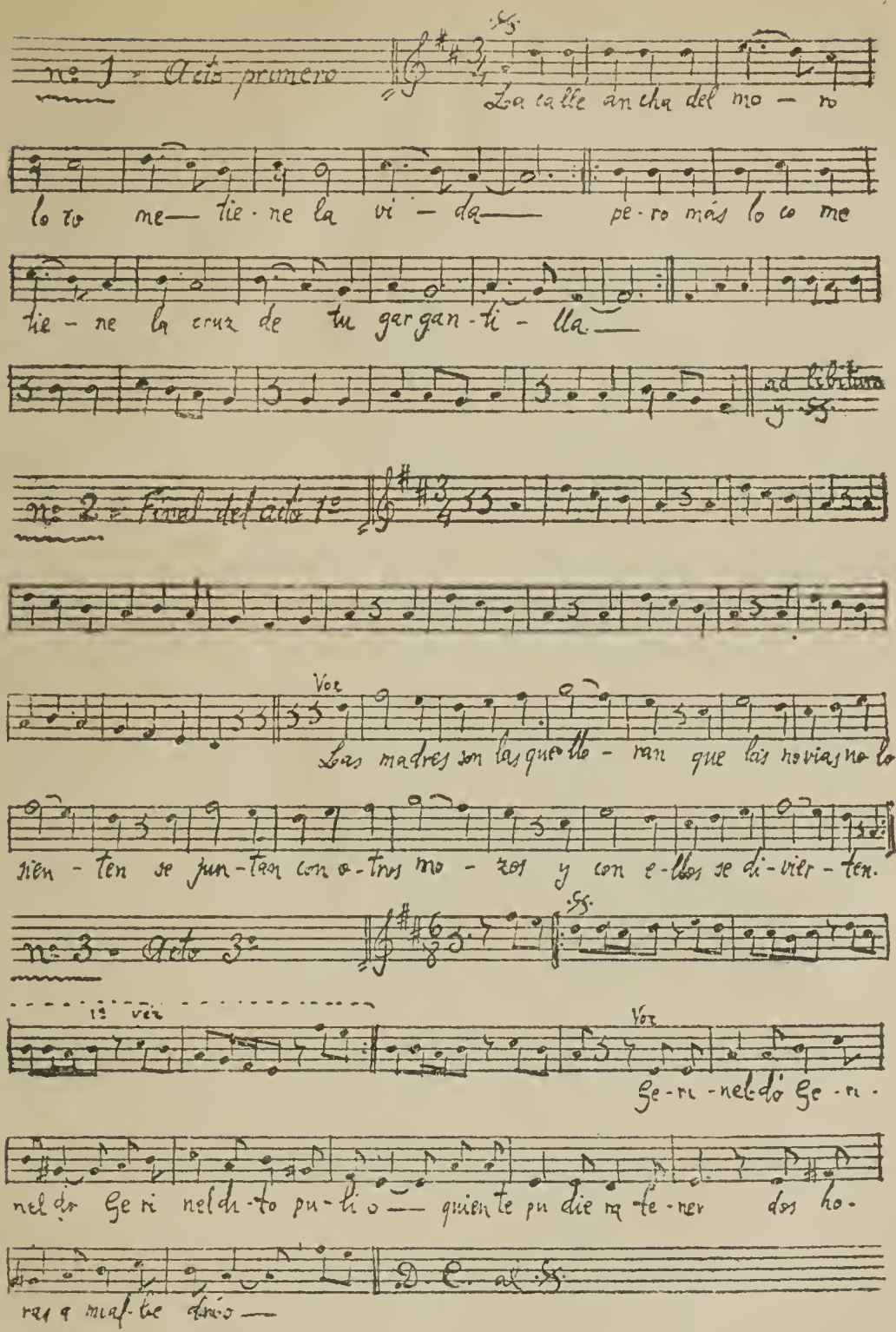
Por otro lado, el drama va bien perfilado de líneas, justo de dimensiones, con razón suficiente en la marcha de sus escenas y en la intervención de los diversos personajes. Todo allí se justifica desde el punto de vista literario y teatral. La obra es modelo de arquitectura dramática. Los versos se distinguen por su fluidez y soltura en metros populares.—*Luis Araujo-Costa.*

LA REFORMA (16 octubre 1930):

En su drama «Las brujas» nos da Chamizo una fruta agridulce, como el sabor de la vida misma. Y nos la da en versos tan flúidos y justos, con tanta honradez artística que, de paso que una emoción intensa, sentimos la satisfacción de nuestras esperanzas.

El público empezó escuchando con religioso silencio, afanoso de no perder ni una frase, y a medida que avanzaba la obra fué entrando en ella, para entregarse, en medio del mayor entusiasmo, a la terminación del primer acto.

Después las ovaciones se sucedían, llegando a cortar escenas con ¡vivas! y ¡bravos!—*A. F.*


nº 1 - Acto primero
La calle ancha del mo - ro
lo ro me— tie - ne la vi - da— pe - ro más lo co me
tie - ne la cruz de tu gar gan - ti - lla—
nº 2 - Final del acto 1º
Voz
Las madres son las que lo - ran que las novias no lo
sien - ten se jun - tan con o - tros mo - zos y con e - llos se di - ver - ten.
nº 3 - Acto 3º
1ª vez
Voz
Ge - ri - nel - do Ge - ri -
nel do Ge ri nel di - to pu - ti o— quien te pu die ra te - ner dos ho -
ras q mal - te dri o—

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Canto primero: *Los amores*	11
Canto segundo: *El mal de ojo*	57
Canto tercero: *La noche de San Juan*	115
Juicios críticos sobre el estreno de LAS BRUJAS.	181

Obras del autor publicadas por la Sociedad General Española de Librería:

EXTREMADURA	ptas.	10.—
EL MIAJON DE LOS CASTUOS	»	10.—
LAS BRUJAS	»	10.—

3 0112 098519744